



alex_lootz '17

Índice

editorial 17		03
		ensayo
david mardaras	luz, aire, acción (prólogo de zapatos imposibles de estel juliá)	04
		poesía
estel juliá	tenerte	06
franci xavier muñoz	cuerpos perfectos	07
aitor zancajo	despierta, enorme	08
		narrativa
mario cresco	de casta le viene al galgo	09
javier marjalizo	el café eterno	10
eduardo laporte	el primer y último relato que escribió para alex_lootz	12
		áfrica
paloma benavente	áfrica (17)	15
		y siempre alex
alex lootz	ángel	36

Querido lector:

tienes ante tus ojos el último número de *alex_lootz revista literaria*. Despues del 17 no habrá más, no vendrá el 18. Pero no es cierta esa frase que dice que no quedará nada. Quedará mucho. Habrá mucho.

Es imposible resumir lo que ha sido de la vida de todas las personas que han dejado su huella en esta publicación, de las nuevas conexiones que ha hecho posible, a su vez, nuevas historias. Historias no siempre reales, de esas que se sufren en la piel, historias que son palabras, imágenes. Arte.

Todo está en estas páginas y en las expresiones artísticas (futuras) de todos aquellos que han colaborado con nosotros.

Este es un último número, pero nos resistimos a llamarlo final.

luz, aire, acción

david mardaras

(prólogo de *zapatos imposibles* de **estel juliá**)

Mi ceja fetichista, que, como en los personajes de Tomeo, es a menudo más grande que la otra, se elevó meditabunda cuando Estel me escribió esto: “El poemario ya tiene cuerpo, pies y cabeza, solo le faltan las medias (tu prólogo) y los zapatos (la fotografía de portada)”. Pero no iban por ahí los pasos. Conforme avanzaba en la lectura de los poemas, el blanco y negro se disipó y reconfiguró para formar la primera palabra que compone el título de este prólogo y que fijaba la inequívoca impresión estética que estaba recibiendo: “Luz”, exclamé arqueando la segunda ceja.

“La característica estética principal de estos poemas, allí donde radica el kid de su belleza, es su luminosidad”, me dije. Era imposible no pensar en el pintor Joaquín Sorolla, valenciano como Estel. “Estoy ante una poeta de singular talento pictórico: lo que gobierna aquí es la luz que ilumina coloreando y trayendo la vida al nuevo día”, reconocí.

El libro se abría con un poema-prólogo, una puerta que anunciaba una aventura y enunciaba una poética. En él, la poeta me decía que los recuerdos quemaban y que sólo dejarían de hacerlo por el poder de las palabras: “la cualidad de la poesía de transmitir o comunicar una experiencia poética, consistiendo la poesía en sí en esa experiencia que no quema sino que ilumina”, traduje.

Al principio no reparé en ello, pero más allá de la puerta, en el nuevo espacio lumínico, me dejé llevar por unos versos cuyo ritmo poseía la cualidad de la transparencia y la frescura de la brisa que a menudo recorre los cuadros de su ilustre paisano; como en aquellos, una brisa sostenía aquí los velámenes y vestidos que me estaban presentando la vida en todo su dinámico esplendor. “Aire”, me dije

“Luz y aire como elementos opuestos a la opacidad del fuego del recuerdo que, en su combustión irredenta, consume el oxígeno y deniega la vida”. Así me dije al poco de sumirme del todo en el flujo de la tensión dialéctica entre el pasado (los recuerdos) y el presente (la nueva vida) de la poeta. Aquel debía redimirse y estas afirmarse, y la única magia capaz de obrar la transformación sería la poesía: “Acción”, me dije para poner un nombre a tal aventura dialéctica.

“Pasado en combustión, presente al aire puro y luminosa poesía que exorciza el uno y afirma el otro”, me dije.

El viaje proseguía. Casi a modo de diario de a bordo, por si acaso, tomé unas cuantas notas:

- *Tras la visión inicial del camino poético, la poeta se centra primero en diferentes momentos de su yo mediante la práctica de una lírica pura que indaga en sus sentimientos y efectúa a continuación una inmersión en la naturaleza, en la fuerza y la belleza primordiales, para cargarse de vida, para afroditizarse antes de la contienda como una mujer renacida al segundo estado de la Diosa prehelénica: el estado fértil y guerrero de Afrodita, según los estudios de R. Graves, encomendándose asimismo a la magia o el poder de las palabras, esgrima en la que se ejercita con fe y maestría desde el principio (“Serendipia”), y ponderando triunfalmente las propias facultades poético-pictóricas (“Ciudad embrujada”) siempre al abrigo de la luz.*

- *Desde el comienzo del viaje poético, los zapatos, los pies y las piernas actúan como metáforas principales, tanto del viaje en sí como de la lucha (a veces meditativa y serena; otras, encarnizada, casi cruenta) entre el pasado y el presente.*

- En el transcurso de esta lucha aparecerán los recuerdos en lugares presentes compartidos con el pasado, como en “La tienda de la esquina”, poema cargado de simbolismo, ternura y tristeza serenas. La poeta aclara aquí el pasado por la vía del símbolo: la cigüeña como símbolo me parece el centro luminico del poema en este caso, y en general se repetirá el uso de los animales, sobre todo aves e insectos, como símbolos reveladores o niveladores del pasado desde el presente.

- Los recuerdos así iluminados y tratados se entreveran también con el presente mediante poemas de corte más realista y cotidiano que suceden a menudo entre el sueño y la vigilia, en los que la poeta se enfrenta a su nueva vida y medita sobre sus gustos, su identidad y su lugar en el mundo (como en “Anoche tuve una deriva”), y también con otros que suponen una afirmación visceral del presente no exenta del peso de la aflicción que conjuran, como “Nadar en el recuerdo”, donde Estel se contorsiona en una especie de alumbramiento invertido, un exorcismo tremendo, concisa y limpiamente ejecutado en cuatro vivas pinceladas.

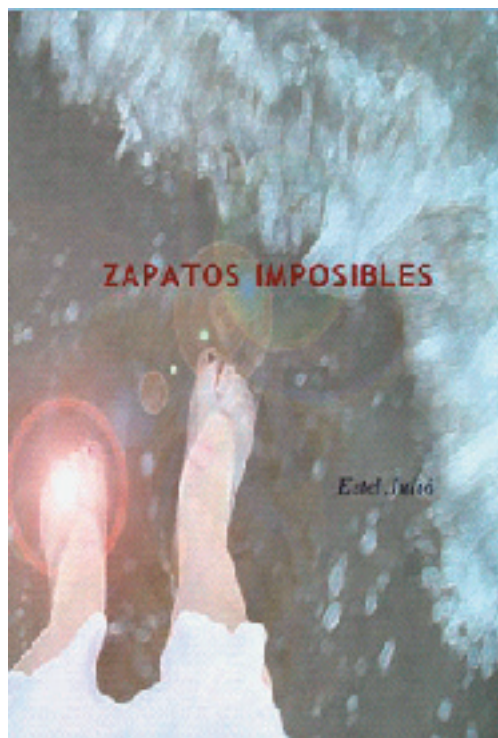
- En esa afirmación vitalista del presente por la vía de lo cotidiano, también harán acto de presencia el erotismo (magníficamente, en “Tenerte”, por ejemplo) y las ocupaciones presentes de la autora, que incluyen solventes incursiones en los lenguajes actuales de la ciencia y las nuevas tecnologías (“Somos ciencia sostenible”).

- Se confirma la poesía como método iluminador, incluidas algunas reflexiones metapoéticas cruciales, como en “Derrota”, sobre los caminos propios y ajenos, y prosigue siempre la luminosidad, la sensibilidad a la luz, que a veces llega a explicitarse en versos como está lleno de aquel sol / y la luz de su espuma, de “Tinta de pasado”.

Y seguí leyendo y releendo, viajando, volviendo sobre mis pasos, deteniéndome aquí y allá, de la mano apenas visible de la poeta, hasta confundirme con ella.

Su poesía era yo. Yo era su poesía.

No había zapatos. Tú también puedes serlo, lector, lectora, si quieres.



Como una aspiración vaga
que sobreviene en el último estertor del día,
como un ritual de advenimiento
que al chasquido de los dedos se diluye
sería tenerte.

Albergarte allí,
donde el mañana tomara forma
en el hueco vacío de una silla
de estructura casi humana
y se transformara en ti.
Tal vez ahora sea tarde
y el tiempo se haya agotado en su silencio
para desear una coma suspendida,
un punto en el destierro,
un imposible destino que nunca comenzó.

cuerpos perfectos

franci javier muñoz

Cuerpos perfectos, delineados por la belleza
de unas manos escultóricas ignoradas,
de unas manos abiertas a la contemplación,
al deleite orgulloso de la naturaleza.
Cuerpos erguidos, sabedores de su atracción,
desafiando a la constante voluptuosidad,
permanentes en su retina como deseos
imposibles de un gozo que muere al nacer.
Cuerpos de atletas y gimnastas, de nadadores,
de actores, modelos, bailarines y famosos,
pero sobre todo cuerpos de operarios jóvenes,
de estudiantes y ejecutivos desconocidos,
de obreros al descubierto que son observados.
Bellos cuerpos de hombres que no quieren ser famosos.
Todos, todos los cuerpos. Cae rendido ante ellos.

Se encuentra con todos esos cuerpos cada día.
Parece que salieran a la vez en su búsqueda
y se complacieran con su insufrible deseo,
con esa quemazón que en su eros aguijonea.
Desnudan su mirada en tan sólo un instante,
revelando la secreta intención de su objeto
y el ahogado dolor que su belleza provoca.
Él la oculta, cobarde, ardiendo en su interior plomo,
sin más protección que el asfalto donde se esconde,
alterado y sudoroso por si en él descubren
a un frágil muchacho que algunos hombres desean.
Pero nunca son los mismos que él contempla absorto,
herido de muerte en su delectación oscura.
Nunca son los cuerpos que amanecen en su cama
los que de día y de noche su sexo atormentan.

Esta obsesión que le hunde en el llanto y la locura,
que le hace desparramar sus copas por las noches,
viviendo un sinfín de aventuras improvisadas,
le descubre en las mañanas arruinado y solo.
Su eros desesperado que busca en las quimeras
la imposible concreción de un ardor arraigado,
le lleva a regalar sin más su cuerpo desnudo,
por unas horas de lascivia descontrolada,
a hombres como él, que insatisfechos, anudan
su vida entera a la condenada desunión
que la belleza impone a la realidad y al deseo.
Esclavo de su pasión, camina por las calles
sintiendo el vacío de la boca del estómago
cada vez que tropieza con un cuerpo perfecto,
cada vez que el dolor le recuerda lo imposible.

despierta, enorme

aitor zancajo

Despierta, enorme,
los ojos
de luces, luz de la prosperidad
que siempre intenta
diciembre,
el niño viejo de los años.

De sus entrañas trepo al cielo
y se levanta pretenciosa,
altiva,
viva casi, como si saltara.

Y tú me esperas bajo
la geografía de su corazón de humo,
bandera desgarrada de tus sueños.

Me pierdo en sus arterias,
te busco
y me despisto
entre fachadas hoy aburguesadas,
desvelos de poetas,
mendigos, drogadictos
y otros convalecientes.

Y así te encuentro y nos devora,
amables sus comercios
y sus cafés,
el frío a medias que permiten las campanas,
incienso envenenado de automóvil.
Humanos, masas,
olores, voces, luz, luz, luz...
pura energía, acaso vive en quien la vive
y arrastra
los pies contra su piel tan dura y
se siente cerca,
más cerca,
de aquel amor que un día hipotecaron
las deudas y las dudas, las noches y los días,
aquella promesa, que suena
hoy tan estúpida, en que creímos.

-Estás muy seria...
-Llegas tarde.

No sabes cuánto te pareces a Madrid.

de casta le viene al galgo

mario crespo

Llegar a casa tras una dura jornada en la obra y tener que atender al pequeño Aquiles es algo a lo que aún no me he acostumbrado. Mi mujer, Judith, trabaja de noches, y en días laborables apenas nos vemos. La vida es así -me dijo mi abuelo justo antes de que compráramos el piso-, un círculo, una monotonía constante que sólo los pequeños detalles, las variables, pueden romper. Y tenía razón: la vida es levantarte cada mañana a las seis y escuchar la radio como si fuera la banda sonora original de tu día, como acompañamiento a tu soledad, a la que siento en la cabina de esa máquina monstruosa, de esa pala gigante que uso para recoger escombros y depositarlo en la bañera del camión.

Tener todo pagado con treinta y cinco años no es tarea fácil. Trabaja duro durante veinte y podrás adquirir un piso en propiedad, previo pago de los intereses al banco, claro. Eso es lo que nos venden. La letra del coche es distinta, en un par de años lo tienes hecho. El tiempo necesario hasta pasar la primera ITV, cambiar los neumáticos, algún manguito, y asumir la subida del petróleo... Tener un coche en propiedad te sale mucho más caro que ser socio de un club de polo o un asiduo al Casino del Sardinero. Pero queríamos ser una familia normal de clase media, una familia que pudiera salir a pasear con sus niños sin envidiar la ropa de nadie, ni las joyas, ni siquiera el carrito del bebé. Una familia como Dios manda, como exige la sociedad. Por eso me puse a trabajar como autónomo.

El negocio lo conozco desde hace años. Mi tío Juancar ya hacía sus pinitos en los ochenta. Y aunque por entonces se trabajaba más otro género el contacto con la Costa era constante. Expediciones profesionales partían desde nuestra capital con dirección a La Pobra do Caramiñal y Vilanova. Aún recuerdo aquel Talbot Solara. Una berlina que destilaba clase desde cualquier ángulo que se mirase. Una limusina de lujo para un negocio con glamour. Kundas que subían y bajaban mensualmente, repartos a domicilio por la provincia, experimentos y tratamientos llevados a cabo en las cocinas... Todo un universo de esmalte blanco donde el olor a éter se mezclaba con el del papel con que se fabrica el dinero. Había billetes por todas partes, billetes grandes, por lo general. A Rosalía y Pérez Galdós ni se les veía. Siempre lo he dicho: la cultura no da dinero. La cara del Rey y la del Príncipe eran las más habituales. Aquellos extintos talegos de diez mil provocaron mi incondicional amor a la Corona, al lujo. Así aprendí el negocio. La manipulación química aumenta la ganancia; cuanto más divides, más multiplicas. Pero en el fondo te sale más caro: te genera más molestias, más yonquis, más suciedad y, sobre todo, más peligro. Y así he acabado aquí:

Una cocainómana del barrio se presentó en mi casa con el mono. Gritaba y babeaba a la puerta, y decidí no abrir. De tanto llamar consiguió quemar el timbre: de la caja de resonancia comenzó a salir humo y una pequeña llamarada que apagué al instante. Me indignó tanto su acción que bajé y la eché a empujones del portal. El pequeño Aquiles, mi bebé, se quedó solo mientras yo me deshacía de la yonqui. Fue todo muy rápido, y muy confuso. Es cierto que estaba cortando la coca en el salón, pero no podía suponer que Aquiles tuviera fuerza suficiente para volcar la cuna, gatear hasta la mesita y hundir su pequeño dedo en la nieve.

Aunque ha sufrido taquicardias, se encuentra estable. Y lo demás, señor agente, ya se lo he contado.

el café eterno

javier marjalizo

Miraba su capuccino, todavía caliente y humeante. Seguía las pequeñas columnitas de humo hasta que se perdían en el ambiente viciado de aquel café. Viciado por el humo de cigarros y algún que otro puro, humo desagradable, pero que le daba al lugar un toque especial.

Con su suelo de madera que crujía a cada pisada como si fuera a quebrarse en cualquier momento, era el mejor sitio de la ciudad para perderse. Tenía mucho encanto, con mesas de mármol y patas de hierro que se veían intimidadas por cuatro sillas de madera marrón oscuro, como las de principio de siglo. Una vez dentro te sentías en otra época, sólo la música chillout te recordaba dónde estabas.

Las paredes eran de un tono amarillo pergamino. Se parecían a los mapas antiguos que indicaban con una marca el lugar donde se escondía un fabuloso tesoro. Solo que allí no había ninguna marca, cualquier sitio era un tesoro a los sentidos. Esas paredes, que se negaban a permanecer desnudas y que agradecidas recogían bellos cuadros y fotos de escritores, escritores a los que él deseaba parecerse.

Bebió su café, ya frío y sin columnitas de humo. Había pasado el tiempo sin que él se diera cuenta, tenía la costumbre de abstraerse cuando pensaba y perdía la noción del tiempo.

Esta vez tenía mucho en lo que pensar y mucho de lo que evadirse. Recordaba lo rápido que había pasado su último año, apenas podía creer que ya estuviera casi en diciembre. Él, acostumbrado a esperar lo peor de todo para no sorprenderse con las adversidades y alegrarse mucho por cualquier nimiedad que pareciese buena, se sentía feliz de ver pasar otro año más en su corta vida sin grandes percances.

Decidió irse, pero no lo hizo, le traía demasiados recuerdos, casi todos malos, pero aún así continuaban sus visitas a las seis de la tarde, continuaba pidiendo el mismo capuccino, continuaba sentándose en la misma mesa que por alguna extraña razón, quizá el destino, siempre estaba vacía.

Era una relación, como a él le gustaba decirlo, de amor-odio entre él y ese lugar, no quería ir allí, pero al final siempre acababa sentándose en la misma mesa a las seis de la tarde y con un capuccino entre sus manos.

Recogió sus cosas para levantarse, pero no lo hizo, no podía evitarlo, tras el primer sorbo recordaba los momentos que había pasado allí. Recordaba la primera vez que entró, cuando le pareció imposible que pudiera encontrar un café así en aquella zona, parecía un faro en mitad de la niebla, un oasis en el desierto. Pronto comenzó a convertirse en costumbre y, al cabo de un mes, ya era un asiduo visitante.

Resultaba curioso, a las seis de la tarde todas las mesas estaban ocupadas con parejas acarameladas o grupos de estudiantes que disertaban sobre las clases del día, pero su mesa era la única en la que sólo se ocupaba una silla. Siempre estaba solo, a él no le importaba, solía llevar un libro y leía sin parar o llevaba un cuaderno y escribía sin parar. Escribía sobre la gente que veía, imaginándose hasta el más íntimo detalle de sus vidas. Trazaba unas personalidades tan minuciosas y detalladas que, si cualquiera de los retratados hubiera leído la suya pensaría que estaba escrito por él mismo.

Eso era lo que le hacía volver día tras día, le apasionaba escribir, quería parecerse a los escritores que desde sus fotos en blanco y negro, como ventanas al pasado en aquellas paredes color pergamino vigilaban sus escritos.

Pero todo eso cambió una tarde.

Quería irse, no sabía qué hora era pero imaginaba que ya llevaba demasiado tiempo allí, pero no lo hizo, quería seguir recordando. Aquella tarde, hacía ya nueve meses que siempre, a las seis en punto, tomaba su capuccino y tomaba notas, sobre la gente de su alrededor.

Tras seis meses había conseguido convertir las notas de su cuaderno en un pequeño manuscrito de casi doscientas páginas. En él aparecían casi todos los clientes habituales del café, pero especialmente dos de ellos en los que centraba la historia de sus notas: la chica triste de mirada apagada y que siempre iba de negro y el muchacho de sonrisa sensual y ojos vivos de traje y corbata.

En total, en su libro aparecían cerca de quince personajes que fácilmente se podían asociar con otros tantos clientes habituales. Clientes que conocía muy bien, al menos conocía muy bien la imagen que su mente se había formado de ellos. Cada uno tenía su propia historia y en su cabeza había conseguido entretejer una trama que luego se convirtió en el libro que ahora tenía en su regazo.

Aquella tarde era especial, ya que, dentro de una hora, se encontraría en el despacho de un conocido editor que, tras leer los primeros capítulos del libro, le había animado a continuar prometiéndole publicarlo si se mantenía la línea de calidad conseguida en ese brillante inicio.

Quedaba poco para que se decidiera su futuro, si el libro no le gustaba al editor dejaría de escribir, así lo había decidido unos días antes. No quería pasarse media vida intentando publicar un libro del que no estaba muy satisfecho.

Nunca había estado tan nervioso. Intentó relajarse, pero sin éxito. Así que decidió permanecer en el café más tiempo para tranquilizarse. No quería que el editor percibiera su inseguridad con el resultado final del libro. Por primera vez no debía esperar lo peor de todo y necesitaba mostrarse confiado ante el editor para que su sueño cobrara realidad ahora que estaba tan cerca.

El reloj marcó las siete menos cuarto, había permanecido demasiado tiempo en el café y le asaltó el miedo por llegar tarde a su cita. Acostumbrado a permanecer horas y horas allí escribiendo se había relajado demasiado y perdido la noción del tiempo.

Pagó apresuradamente y salió corriendo, hacía frío y llovía abundantemente, era mediados de octubre y ya parecía invierno. Apenas había cruzado la calle cuando cayó en la cuenta de que se había dejado el manuscrito sobre la mesa, giró sobre sus talones y volvió a cruzar la calle lo más rápido que pudo.

Apenas sintió el golpe, sólo vio una luz cegadora demasiado cerca y demasiado tarde.

De eso hace ya tres meses, ahora está en la mesa de siempre intentando recordar algo más pero le es imposible, aunque pudiera no recordaría nada más, porque no hay más, porque no hay después.

Todo terminó aquella tarde para él. Ahora su hogar es un café de paredes color pergamino, con sillas de las de principios de siglo y suelo de madera que cruje al pisarlo, sólo que ahora no cruje cuando él pisa. Para él siempre serán las seis de la tarde, siempre tendrá un capuccino entre las manos del que saldrán unas pequeñas columnitas de humo. Para él los días serán iguales, nunca entenderá porqué su mesa siempre está libre.

Nunca sabrá que existe un libro con su nombre, que tras el accidente ese manuscrito se convirtió en su obra póstuma, de gran éxito y que la mesa del fondo jamás volvió a ser utilizada, y quedó como homenaje para que él la ocupe si algún día se decide a volver. Nadie puede verle allí sentado, pero todos le recuerdan cuando miran su mesa, la que él ocupaba a las seis de la tarde.

Nunca sabrá que pasados los años, la chica triste de mirada apagada y el muchacho de sonrisa sensual y ojos vivos son aquel matrimonio que todas las tardes, a las seis en punto, deja una rosa roja en la mesa del fondo.

(El café eterno ganó, en 2002, el IV Concurso de Literatura Desterrada, convocado por el Colectivo Patrañas de Leganés)

el primer y último relato que escribió para alex_lootz eduardo laporte

Andaba leyendo aquellos días, finales de noviembre, *El último libro de Sergi Pàmies*, de Sergi Pàmies. En él se hablaba de un ejecutivo que tiene la capacidad de *matar* a los artistas cuyas obras disfruta. Si escucha una ópera de Plácido Domingo, Plácido Domingo muere; si pone un disco de Yusuf Islam, el artista anteriormente conocido como Cats Stevens, Yusuf Islam, el artista anteriormente conocido como Cats Stevens, muere. Una idea descaradamente influenciada por *El primer libro de Enrique Vila-Matas*, que no se llamaba así, por cierto, sino *La asesina ilustrada*. En ese primer libro, Enrique Vila-Matas desarrolla la idea de una novela asesina. El lector que lea la asesina ilustrada morirá. Así de claro. Zas. Fin. The end. Muerto. No de aburrimiento, sino muerto de muerte.

Para el primer y último relato que escribió para la revista digital *alex_lootz*, un encargo del escritor Iñaki Echarte, se inspiró en esas ideas. Pensó en escribir, entonces, un relato póstumo. Lo escribiría en vida, claro, pero se leería póstumamente. Una vez escrito, moriría. No es que se pensara suicidarse, ni mucho menos. Alguna vez había coqueteado con la morbosa idea de cortarse las venas (la muerte está, en realidad, tan cerca, tan a nuestra alcance) pero no era un tipo con veleidades suicidas. Valoraba mucho la vida, a sus treinta años. Lo cierto es que el chaval tenía talento, fue una pena su muerte temprana. Era un animal literario quizá demasiado desbocado, con muchísima producción a sus espaldas pero, ya digo, demasiado en bruto, quién sabe si con los años pudiera haberse convertido en un escritor de los buenos. Yo creo que sí.

Escribió aquel relato en tercera persona, como dando a entender que él no era el autor. Optó por la clásica voz distante, algo aséptica, que habla a toro pasado. Una voz como de documental: “Sí, X era un buen tipo, prometía, esperábamos mucho de él”. Esas voces de los vivos que hablan de los muertos con la condición de superioridad que da el hecho de estar vivo. No como X que perdería, horas después, la vida en la carretera, camino de un pueblo de Extremadura, Monterrubio de la Serena, Badajoz.

Sabía que iba a morir. Por eso, para el primer y último relato que enviaría a la revista *alex_lootz*, por requerimiento de su amigo Iñaki Echarte, habló de su propia muerte. Le motivaba la idea que reírse de ella. Voy a morir, jaja, pero lo sé. Como saltar de la propia sombra.

Llevaba un par de meses estático, en Madrid. Le gustaba pasar una pequeña temporada quieto; la ciudad es un estado mental, y esa bulimia viajera del principios del XXI le cansaba ya. Su cabeza se balanceaba como el agua sobre la cubierta de un barco bajo la galerna, con tanto viaje. Un poco de quietud, coño. Pero aceptó aquella excursión rural a casa de su amigo Ricardo, a la que también se apuntó Alberto. Los cabrones se salvaron, los dos. Ni un rasguño. Él salió despedido por la ventanilla y se estampó contra un quitamiedos. No tuvo suerte. Murió en el acto, eso sí.

De pequeño había fantaseado con ese momento, el último momento, el de la muerte. No sabía por qué, pero pensaba que le llegaría en la arena de un coso taurino. No es que tuviera vocación taurina ni mucho menos, seguramente asociaba la muerte al mundo de los toros. Por la época en que empezó a forjar en su mente de niño el concepto de la muerte, falleció el torero Paquirri, víctima de una cogida mal curada.

Le jodía morir, porque últimamente se sentía guapo. Había conseguido eliminar una leve tripilla gracias al gimnasio, y se veía bien, estilizado, más rubio, más con los ojos azules. No entendía como podía seguir soltero. Las mujeres no valoraban su potencial, mucha miel y demasiado asno, pensaba. Y tampoco le hacía demasiada ilusión morir en carretera. Y menos aún por la culpa de Ricardo, un conductor completamente melifluo, cobardica al volante, de esos que irritan a los copilotos con más tablas y arrojo. Pero al año morían en España unas 3.000 personas. Le había tocado la negra, esta vez, a él. La lotería de la vida es así de simple y triste. No padecía ninguna alergia, ninguna discapacidad, le sobraba pelo, no tenía problemas de erección, nunca se había roto ningún hueso, así que le tocaría todo de golpe, el pack siniestro al completo. Sería una de esas cuarenta personas que, silenciosas, dejan de vivir un fin de semana mientras la tierra sigue girando. Se paran sus existencias, pero todo sigue en movimiento. La muerte no es más que eso, alcanzar la quietud definitiva. El arte busca algo parecido, detener el tiempo.

Pensó en que debería ordenar un poco la casa para cuando llegaran a recoger sus enseres. ¿Qué gestión harían de ellos? ¿Conservarían sus diarios personales manuscritos, los diarios de 2006, 2007, 2008 y 2009 que guardaba en la carpeta Diarios, del ordenador? ¿Fisgaría alguien en sus archivos de sexo casero que conservaba de su ex novia? ¿Qué sería de su novela, la última, con la que no había ganado -iluso- el premio Herralde, y que había enviado -iluso- al Nadal y al Bruguera de Novela -iluso- que presidía Félix de Azúa? ¿Quién quitaría de la pared todas esas imágenes anacrónicas que había ido pegando, en homenaje el escritorio inefable de Ramón Gómez de la Serna? ¿Qué harían con sus libros? Muchos de ellos se podrían tirar o regalar sin problemas, pero otros, los firmados, no. Valoraba, por ejemplo, el librito *Otoños y otras luces* que le firmó un delicado Ángel González, en la Feria del libro de Madrid, o todos los de su maestro literario, Miguel Sánchez-Ostiz, firmados la mayoría de ellos. ¿Y su guitarra? ¿Quién rasguearía más adelante su guitarra? Una guitarra de un muerto no es una guitarra cualquiera, además.

Le preocupaba, en cierta manera, toda esa gestión de su producción literaria. Ya que iba a morir joven, que al menos le sobreviviera algo de lo mucho que había escrito. La última novela, quizá excesiva en sus dimensiones, le gustaba. Estaba orgulloso de ella. Se había quedado a gusto al poner el punto final. ¿Y su blog? Sólo él y una ex compañera de trabajo, una vez se la tuvo que confesar, conocían la contraseña. Se quedaría *ad infinitum* con el último artículo colgado, uno que dedicó a hablar, largamente, sobre la película *Tasio*, que acababa de ver. Con los años, y como pasa con las cosas que no se mantienen, que no se cuidan, sean reales o digitales, aquel blog mostraría un aspecto desolador. Se caerían los links, las letras de los títulos se entremezclarían, un jaleo. En el momento concreto de su muerte, almacenaría hasta doscientos comentarios con condolencias y palabras de aliento a la familia. Se sumaron a la lista de palabras fúnebres un buen puñado de admiradoras secretas que le leían pero que no se atrevían a salir al exterior. Lectoras silenciosas, que alimentaban sueños entre poético/eróticos con él. Pero todo ese material humano, todo ese aliento cálido ante la muerte, jamás lo leería nadie, porque sólo él tenía la capacidad de aprobar los comentarios, de darle a la pestañita de *Aceptar comentario*.

Le entristecía que, además, de morirse, la última cosa que hiciera fuera recoger la casa. Disfrutó al menos, se sintió *él*, escribiendo su último y primer relato para la revista de Iñaki Echarte, antes de ponerse a fregar y a adecentar su residencia. No le importaba esa imagen de desastre, ese desorden a lo Francis Bacon en su estudio de ¿Dublín?, pero tampoco quería quedar como un dejado. Porque la dejadez nos hace pensar en la depresión, en la falta de fuerzas. Y él no estaba deprimido; sí quizá algo falto de amor y algo desmotivado para ciertas labores laborables, valga la redundancia.

Mientras recogía calcetines del suelo y quitaba las miguillas de la mesa, mientras adecentaba lo que constituía su hábitat, su universo físico, aquel entorno tan *suyo* y de nadie más, pensó en el parecido ritual que el hombre sigue antes de salir un sábado por la noche. En ese proceso de sanear un poco el mundo propio, se esconde la esperanza de que, horas después, una mujer, la mejor mujer posible, dormirá sobre

esa cama en la que se ha dormido tantas noches solo. Tantas noches evocando aquel título de Gopegui: *El lado frío de la almohada*.

Arreglando el escenario de su vida, de su vida reciente, quería trazar un último gesto, un último vínculo, con sus seres queridos. Que aquel al que le tocara la ingrata manera de dismantelar las pertenencias del ser querido muerto sintiera, al menos, que le había dejado la casa someramente recogida.

Terminó el primer y último relato que escribiría para *alex_lootz*, aquella revista que, con su nombre, honraba el de Alex Lootz, curioso personaje nacido en Arguiñano, Navarra, dos años antes que él, en 1977. Poeta navarro muerto, en torno al cual Echarte había creado su pequeñito club. Terminó el relato, decía, y se puso, ya digo, a ordenar la casa. Sintió un escalofrío al concluir el texto, que ocupaba unos tres folios, en Sylfaen 12, espacio sencillo. Un escalofrío al saber que era lo último que hacía, su último aliento literario. A partir de entonces sería nada, un recuerdo, una imagen que los demás podrían evocar, como con Alex Lootz, a través de lo que había escrito. “No está tan mal”, pensó y salió por la puerta de su casa.

Cogió las llaves, por si acaso.

Pero nunca más las usó.

áfrica (16)

paloma benavente

[continúa de *áfrica* (15) en *alex_lootz16*]

E

Aquel contenedor la estaba llamando a gritos y con razón África se acercó deprisa a él. Estaba lleno de baldosas blancas y negras, baldosines con una tira de flores en el medio, de ladrillos planos, muchos en muy buen estado. Tendría que hacer varios viajes para llevarlos hasta casa, pero no estaba lejos. Haría un primer viaje con poca carga y volvería con una mochila y bolsas. Hay que ver lo organizada que era para algunas cosas. Habría unas veinte o más baldosas y ladrillos que podría pintar, y si las vendía rápido, podría olvidarse por un momento del alquiler, oh maravilla de amnesia, adiós gusano alquiler que me carcomes los bolsillos. Ye voy a lapidar con mis baldosas. Y no pienso ponerte flores en tu tumba.

e

El muñón

Hace frío. El viento castiga la calle como un látigo invisible, cruel. En el suelo, sentado sobre la acera, apoyado contra la pared, enseña el muñón amoratado de su pierna.

La palma de la mano extendida hacia arriba. Al lado, una caja de cartón donde pone GRACIAS.

El muñón tiene un aspecto ominoso, de mal agüero, que salta a la vista cuando uno se fija en el absceso en forma de tumor que se eleva en una gran intumescencia.

No habla, no tiene nada que decir. Una imagen vale más que mil palabras.

En su silencio, el diálogo de estatuas que mantiene con los viandantes lo ayuda a pasar el tiempo. Mira a las chicas guapas y alas viejas, a los ruidosos jóvenes y a los veloces ejecutivos.

Ellos, los otros, los que pasan por su lado caminando sobre dos piernas, observándolo desde las alturas, esos, miran su muñón de reajo. Les espanta. Les parece inmoral. Ellos no tienen la culpa, y no van a pagar por mirarlo. No son morbosos. De hecho, miran, pero no pagan.

Alguna ancianita quiere resarcirse de un pecado del pasado echándole unas pesetillas, tampoco hay que exagerar. Los demás se muestran reticentes a lavar sus conciencias con dinero (si se lo diesen a ellos, podrían olvidar y perdonar cualquier cosa, depende de cuánto estemos hablando).

La palma extendida hacia arriba pidiendo. La cajita de cartón diciendo GRACIAS. Las miradas esquivas que ven y no quieren ser vistas mirando.

Las estatuas moviéndose de un lado a otro, altas, erguidas, reemplazadas unas en otras, constantes en su inconstancia, anillos de una misma lombriz desplazados de atrás a delante en un onduloso vaivén. Todos iguales, todos lo mismo. Bosque de piernas.

Hace frío. El viento azota la calle como un látigo invisible, cruel. Demasiado cruel.

14

Una vez en el portal, el último paso antes de llegas a la calle, bajó el escalón que le separaba de la acera. La puerta de aluminio y de cristal se cerró a su espalda con un sonido metálico de despedida. Echó a andar sin ningún itinerario concreto cuyo destino era llegar a casa. El primer objetivo: alejarse lo más

rápido posible. Había bajado las escaleras de manera ávida, dando zancadas para saltar cinco escalones de una vez, a punto varias veces de tropezarse y caer rodando, pero el temblor de su cuerpo y la agitación de su mente no le permitían bajar de otra forma. Su ímpetu por alejarse de la casa del chico lo antes posible le había empujado a bajar por la escalera como si de un abismo se tratara, cegada por el vértigo de la caída, con la cabeza embotada por el cambio de presiones, porque parecía que el abismo terminaba bajo tierra, en el centro mismo de una bola de fuego que latía en sus sienes. Pero ahora no estaba en el hueco por el que trepaban las paredes, ni en el estrecho pasillo con el chico; eso pasó hace mucho tiempo, hace un siglo o hace una hora, no tanto, veinte segundos, tal vez más, una eternidad.

Estaba fuera, en la calle, donde había oscurecido hasta hacerse de noche y la gente con bolsas de las últimas compras se mezclaba con la gente arreglada para comenzar su noche de fin de semana.

Fue entonces, al tomar conciencia de su entorno, cuando el viento le dio un gélido tortazo sacudiéndola en la incertidumbre de no saber dónde estaba. Con el frío metido en los huesos, caminó entre la gente esquivando a unos y a otros en busca de un autobús, una boca de metro, un punto neutro de localización que le ayudase a encontrara la manera de volver a casa. Casi corría calle abajo, empujando y golpeándose con los peatones, ensimismada en la idea de encontrara una boca de metro, después esperar las paradas necesarias y los trasbordos que hicieran falta para llegar a su casa, subir las escaleras corriendo (hasta su piso, lejos de la casa del chico, porque surgían paralelismos que cedían, a regañadientes, el paso a una sutil rutina de dos días que la molestaban más por la proximidad de sus recuerdos con el dueño del perro que al bienestar de su casa) más deprisa de lo que ahora los transeúntes le dejaban, meter la llave en la cerradura y girar, la puerta abierta, paso hacia dentro, hacia el interior de cuatro paredes conocidas, desnudarse ferozmente de camino al cuarto de baño, y abrir el grifo, esperar el potente chorro de agua sobre su piel, sobre las lágrimas que quería soltar y que el chorro se llevaría y confundiría sobre su pecho, sobre el desgaste pegajosos que se le ha ido adhiriendo a la voluntad desde que salió de casa, hace ya tanto tiempo.

Corría cuesta abajo, saliéndose de la calle ancha que no acababa de reconocer del todo para meterse por callejuelas estrechas y vacías desde donde volvía a salir a otra calle ancha, atestada de gente, muy parecida a la anterior, casi igual, puede que fuese la misma y que estuviese dando vueltas a un mismo bloque de edificios, o que en realidad la ciudad fuese igual en toda su extensión y que jamás lograrse salir de su telaraña. No conseguiría llegar nunca más a casa, tendría que pasar la noche en ese barrio esperando a que la gente se fuera y dejaran la acera despejada para que ella pudiese seguir avanzando en su búsqueda de una boca de metro, y hasta que eso ocurriese podrían pasar días, y uno de esos días podría encontrarse al dueño del perro en cualquier parte, en una panadería, en un supermercado, en una cafetería y tendría que saludarlo, hablar de algo con él porque esconderse sería ridículo; hacerse la despistada, inútil. Jamás se libraría de él. Tenía que salir de allí, quería salir de allí, y la gente se lo impedía, no podía avanzar, sortear a la señora de las bolsas, a la pandilla de chicos vestidos de negro, a las tres chicas que reían y gritaban, al vagabundo que caminaba con paso de elefante y que se dirigía hacia ella haciéndola echarse a un lado y perder la oportunidad de avanzar, de seguir adelante porque ahora tenía que esperar a que las señoras de delante le dejaran un hueco por el que poder colarse y salir hacia una bocacalle menos concurrida, esa de la izquierda, la oscura, llena de contenedores desparramados en la calzada, esa que tiene algo de peculiar, como si ya hubiese pasado antes por aquí, no hoy, sino otro día, hace tiempo, o en un sueño, no sabía bien, porque los recuerdos son muchos y se confunden entre la gente, como ella se confunde ahora entre los cubos de basura y corre hacia el fondo oscuro de la callejuela, saltando sobre la basura tirada, (Huir, desaparecer, alejarse) alejándose de la gente de la calle ancha como una silueta oscura que corre a través de la estrecha callejuela hacia la boca abierta del lobo que se la va a tragar irremediabilmente, como observan, desde el fondo de una guarida camuflada entre la basura, dos ojos rasgados de gato.

R

- Bien niños, llego la hora de acostarse. Vayan a la cama y yo les contaré un cuento, uno de esta estantería. ¿Qué cuento prefieren?

- Uno nuevo, mami.

- Uno que no nos sepamos.

- Está bien, hijitos. Cúbranse bien con la manta que voy a empezar el relato.

- ¿Cómo se llama el cuento, mami?

- No tiene título, pero podemos ponerle Gato. Y comienza así: África, nuestra simpática protagonista, está en estos momentos de la noche, caminando cuesta arriba por la pendiente iluminada de la misma calle que tantas otras veces ha subido, y una vez más, se encuentra sola paseando por la ciudad.

- ¿A estas horas? ¿Y no le da miedo?

- ¡Calla! No interrumpas. Sigue, mama.

-Estando en casa, aburrida de leer siempre el mismo libro, había decidido salir una noche más. Solo esta, se dijo a sí misma a modo de ultimátum. Si ésta termina mal, no habrá ninguna otra. De esa forma se juraba cumplir una especie de promesa que no podría romper (porque las promesas que uno se hace a sí mismo, niños, no se pueden romper sin perder en ello parte de la propia integridad) y según la cual si algo salía mal, estaría obligada a quedarse en casa por la noche leyendo, escribiendo a una amiga o mirando la oscuridad del cielo a través de los cristales del salón.

Mejor durmiendo o esperando la muerte, pensó África nada más comprometerse con semejante idea que le resultaba parecida a un cinturón de acero rodeando si libertad. Ante la sensación de opresión, antes de cumplir con tajante medida, debía conceder una última oportunidad a la noche y a la calle, a ella misma, dando ese tal vez último paseo; tal vez, pues no estaba segura de no romper irremediabilmente la promesa.

No debería prometer nada que sé que no voy a cumplir. Aunque hoy podría ser diferente –dijo esto último en voz baja para darse ánimos.

Esa noche podría estar más cerca de cambiar su suerte, aunque estuviese siguiendo la misma ruta que había trazado las otras noches y sus pensamientos estuvieran levemente tiznados de negatividad por la inercia de saberse en la misma estampa: aquella calle vallada por los altísimos plátanos. Pero dentro de África, o más bien fuera de ella, había algo, un elemento que hacía particular esa noche diferenciándola de todas las demás, algo único que le hacía seguir hacía adelante con esperanzas. Y ese elemento, queridos niños, era la luna enroscada en el cielo como una tapa de metal blanca, con su panza gorda y plana allá arriba, más arriba que las copas de los árboles, vigilante de todo lo que pasaba.

África miró la luna sintiéndose chiquitita, chiquitita, y embriagada por la iridiscencia del satélite, continuó con su paseo nocturno y solitario. Aburrida de enfrentarse a los mismos signos repetidos en la calle y en su memoria, caminó alternando la mirada arriba y abajo, entre el foco de las farolas encendidas y el suelo, al que iba contando los adoquines, uno, dos, tres, y subiendo otra vez la mirada hasta las farolas para posarla después en el suelo iluminado artificialmente, buscando un entretenimiento.

Luz artificial, -pensó levantando la cabeza y mirando una farola son dejar de caminar-. La noche no es noche por culpa de la luz artificial. Las estrellas, en otra época ocultas por la blanca belleza de las damas con labios de rubí, está, subyugadas por la luz artificial de las farolas.

- Mama, ¿qué es subyugada?

- Está bien, lo cambiaré para que lo entiendan.

Las estrellas, en otra época ocultas por la blanca belleza de las damas con labios de rubí, están bajo la luz artificial de las farolas. Ni bello ni feo. Artificial y eléctrico. Penoso por su falta de elegancia.

África bajó la cabeza para acompañar mejor sus pensamientos.

Pero al aparecer, con vida propia, como los puntitos luminosos del horizonte de una noche a campo abierto. Si se miran desde un lugar elevado, parecen luciérnagas eléctricas que vibran quién sabe por qué, sobre todo en verano. Porque están vivas. Porque el calor acumulado en el asfalto durante el día se desprende por la noche, y ese aliento invisible es el que hace creer que son las luces las que tiemblan y no la retina o cualquier otra cosa, el cerebro, derretido por el excesivo calor durante las horas de luz solar. Como el asfalto. Cerebro y asfalto recalentados por el día, echan vapor por la noche. ¿Cuánto queda para el verano? Bastante, aún hace frío.

África se subió el cuello del abrigo e hizo cuentas en su cabeza.

Quedan más o menos seis meses para la bomba de Hiroshima. Para el aniversario, solo para el aniversario. No queremos otra. ¿Y qué aniversario será? Deben ir ya por el cincuenta o más, no estoy segura. No sé si en todos los países del mundo se tiene en cuenta tal fecha. En Japón seguro que sí. ¿Y en los estados? Tienen una fiesta en la que se pasan toda la noche tirando petardos y fuegos artificiales, y es en verano. Puede que lo celebren a su manera. En Japón encienden velas por los muertos y los yanquis tiran petardos, con su pan se lo coma. A lo mejor no se trata de la misma fecha. Debió ser una luz inmensa. Como una bombilla metida en los ojos que deslumbra por dentro al cerebro. África se detuvo en ese momento a mirar fijamente la bombilla de una de las farolas.

Casi tan molesto como esta maldita luz artificial que tengo sobre mi cabeza. —pensó.

Harta de la fuerte iridiscencia, apartó la vista de la farola para buscar una calle secundaria que estuviese menos iluminada. Vio, en uno de sus lados, cómo se abría un callejón oscuro en cuyo centro aparecía, impresa, la sombra luminosa de la bombilla a la que había mirado directamente, como si se tratara de un fantasma blanco y volátil que se dejaba captar por sus ojos.

-¡Qué miedo!

-¡Shhh! No le hagas caso, mama. Tú sigue.

- El callejón era un largo pasillo flanqueado por dos filas de edificios de cuatro pisos de altura cada uno, donde, en una hilera, la lobreguez de las ventanas dejaba un aspecto siniestro de abandono, y un muro corrido de ladrillos en la hilera contraria prohibía todo intento de iluminación. Abajo, el ángulo recto formado por la pared y la calzada quedaba roto por desperdicios desparramados y cubos de basura que se agrupaban a modo de cancerberos de la calle.

África se escabulló por la oscura callejuela. La negrura lo rodeó según avanzaba hacia el interior del callejón, cerrando, detrás de ella, una puerta invisible divisoria entre la luz y la noche, el ruido y el silencio, una puerta que iba aumentando de grosos a cada paso. En el silencio el eco de sus pisadas se imbuía en el viento que corría a lo largo del callejón, un territorio neutro dentro de la ciudad en la que la cavilación y la naturaleza no se atrevían a entrar a sabiendas de no encontrar en él su lugar.

Eso es otra cosa. —pensó mientras se adentraba más y más en la oscuridad.- Un oasis lleno de basura, en el desierto lo que molesta es el sol y la sed; por eso un oasis tiene un agua para beber y palmeras que dan sombra. En la ciudad lo que molesta es la luz artificial y el ruido, y una calle oscura es tan buena como un lago en medio del desierto. Cada uno tiene su sitio. Si paseando por el desierto encuentras un callejón oscuro lleno de basura, te preocupas por haber dejado el sombrero en el hotel con este sol achicharrándote la cabeza. Y en la ciudad, si al torcer las esquina encuentras un charco rodeado de palmeras, te das un bañito y decides dejar de drogarte porque las alucinaciones empiezan a superarte.

- ¡Qué graciosa!

- ¿Y qué más, mami?

- África siguió pensando en nimiedades, descansando la vista en las leves siluetas que resaltaban en las aceras, cuando de repente, un gato se quejó a sus espaldas, sobresaltándola.

- ¡Ah!

- No me gustan los gatos.

- Asustada, se dio la vuelta para buscar con la mirada al gato, deseando ocultamente encontrar su cuerpo pequeño, peludo, negro, sus ojos claros, que la convencerían que el ruido oído había sido producido por un gato y no por otra cosa desconocida y de gran tamaño, casi tan grande como un hombre haciéndose pasar por un gato, o un gato hecho hombre que no ha perdido de todos un maullido animal engrandecido proporcionalmente al tamaño de sus pulmones de hombre. Buscó en la oscuridad del callejón intentando entrever algo en movimiento a la vez que deseaba no ver nada más que quietud, pero no encontró más que a los cubos de basura y el destello de la luz de las farolas demasiado lejano para volver a él.

Un gato, -se obligo a pensar, muerta de miedo-. Me he dejado asustar por un gato bastante grande. Muy grande. No debe pasarlo mal en esta calle con todos esos cubos de basura llenos de raspas de pescado. Estará bien alimentado. Será bastante gordo... así maúlla. Porque es muy grande. No debe salir nunca de

esta calle, y tampoco dejará que entren otros gatos. Yo no lo haría, desde luego. No dejaría que ningún gato se acercase a mi despensa. Como mucho, de vez en cuando invitaría a una gatita a la que dejaría comer todo lo que quisiese y después me la tiraría. Este gato debe ser el padre de un montón de bastardos mininos sin sentir ningún remordimiento por ello. Y cuando las gatitas vengan con sus crías a comer aquí, las echará a zarpazos, menudo cabrón. Me he dejado asustar por un gato ligón. Y muy grande.

Comenzó de nuevo con su lento caminar dejando que los latidos de su corazón se calmasen y la dejaran tranquila, pero al momento una tapa metálica cayó al suelo, chocando en un gran estruendo que invadió el callejón con un eco solemne, dejándola paralizada del susto.

- ¿Qué pasó?

- Se quedó como una estatua encogida dentro de su piel de piedra. El latido de su corazón se le expandió a las sienes, y un sudor eléctrico de miedo la sacudió en un temblor. Estaba aterrorizada.

- Y yo.

- A sus espaldas, y cuando aún se oía el fino eco metálico como un hilo, escucho un fuerte resuello de una respiración que no era la suya inundando el silencio partido del callejón. África quiso echar a correr en sentido contrario, o mirar hacia atrás y enfrentarse a lo que allí hubiese. Pero, víctima del terror, no pudo moverse del sitio.

- Pobre África.

- Y sin saber porqué, recuperó la calma. Una punzada de orgullo le estiró la espalda y siguió caminando lentamente, muy lentamente, casi a cámara lenta, como si el bajar el ritmo de sus movimientos le hiciese parecer calmada, y con la apariencia, sentirse también ella calmada y poder engañarse a sí misma y a quien hiciese falta. El resuello dejó de oírse.

- Qué valiente.

- No voy a dejar que un gato me atemorice –pensó.- Sólo es un gato, nada más que eso –se decía a sí misma para recuperarse del susto afectada por sus constantes cambios de ritmo cardíaco la sensación de que seguía en peligro y sin poder quitarse de encima, cuando, inesperadamente y coincidiendo con su horrible sospecha, escuchó una voz.

- Ummm, hoolaa. –dijo alguien a quien no podía ver en la noche. Miró hacia un lado y a otro con rápidos movimientos, buscando el punto indeterminado del que había salido aquella voz sin encontrar otra cosa que la negrura, aumentada por el terror. Estaba muy, muy asustada. No sabía lo que estaba ocurriendo, ni lo que iba a ocurrir, porque probablemente lo peor estaría aún por ocurrir, lo notaba, lo presentía, como una víctima presiente que va a morir cuando ve el filo del cuchillo blandiéndose a escasos centímetros sobre su pecho sin que nada pueda cambiar sus situación, ni salvadores ni fue solo una pesadilla, únicamente la sorda sensación de que todo ha acabado y de que no importa si se ha sido bueno o malo, creyente o ascético, sólo es cuestión de segundos lo que tardará el cuchillo en hundirse en su carne y después, nada, caput, se acabó. No podía escapar, no sabía que hacer. Estaba muy nerviosa y a punto de llorar, cuando percibió que la voz melodiosa provenía del mismo sitio del que provenían unos recién aparecidos ojos iridiscentemente grises que, resaltando en el centro de la oscuridad, se acercaban a ella en línea recta.

- ¡Un monstruo!

- ¡Se la va a comer!

- Apareció frente a ella un hombre negro vestido con una malla fuliginosa ajustada a todo el cuerpo. Botas: negras, cabeza; calva, ojos: increíbles, músculos: los suficientes, aspecto: sibilino. El hombre le sonreía mostrando en la negrura de su rostro un arco de dientes blancos y brillantes. África se quedó clavada en el sitio, con la vista fija en él, con la ansiedad de verle sacar un puñal que él le clavaría sin pronunciar una sola palabra.

- Mm... ¿qué haces por aquí? –preguntó el hombre. Su voz narcótica contrarrestaba agradablemente la torva mirada de sus ojos.

Por unos instantes, entre África y el hombre se mantuvo una hermética conversación de miradas; ella, aguantando la respiración y buscando ocultamente el puñal; él, examinándola de arriba abajo con sus ojos grises. El hombre la asustaba de verdad. Daba la impresión de que vivía cerca de la muerte, siempre en presente, sin sentir miedo a nada, mucho menos al futuro. Su indumentaria le servía de muralla inexpugnable, manteniéndole lejos del alcance de cualquier temor mortal.

- Así quiero ser yo cuando sea mayor.

- En un amago de exordio, el hombre comenzó a caminar alrededor de África.

- ¿No contestas? -preguntó, ante el silencio de África. Ella siguió con la cabeza sus movimientos circulares sin atreverse a hablar, extrañada de lo que tardaba en aparecer ante su vista el filo metálico de la hoja. ¿Algún gato te ha comido la lengua? -dijo él estallando en una carcajada que a África le heló el corazón, y fijando sus ojos en los de ella, se quedó quieto mirándola. Eran fríos, rasgados, bellamente grises. África apartó su miedo por unos momentos, atraída por el misterio que irradiaba el hombre. Sentía cierta curiosidad por aquel extraño ser, cuyo cuerpo había saltado fuera de su propia sombra para construirse su destino en el callejón, fuera de la mediocridad y de todo el lujo.

- ¿Por qué no hablas? ¿Te has asustado? -dijo él rompiendo con su quietud y acercándose hasta casi rozarle la cara con la punta de su nariz chata, deteniéndose a tan corta distancia. Inesperadamente, él alzó una mano enguantada con la que acarició la mejilla de África, a la que ella no pudo más que responder cerrando los ojos para sentir con más intensidad la caricia aterciopelada.

- ¿Por qué has entrado en esta calle? -le susurró a continuación en el oído, meciéndola en su musicalidad, acurrucándola en la ingravidez de su voz.

- Huía de la luz. -respondió ella con voz temblorosa.

- Hay que tener cuidado donde uno se mete. Dime, ¿por qué huías de la luz?

- Me molestaba en los ojos. -África creyó que el hombre sentiría cierto compañerismo hacía ella por su unánime huida de la luz.

- Umm... Escapabas de la luz. La gente que busca la oscuridad no suelen ser buenas personas. Pero no te preocupes, yo las acojo a todas. No me importan si son buenas o malas. En mi calle todos son iguales, yonkis, ejecutivos, borrachos o amas de casa, da igual. Si terminan aquí, es por algo. Nunca trato de averiguar el porqué.

El hombre observaba, sin borrar nunca la gran sonrisa de sus labios, las reacciones de sus palabras en África, que permanecía inmóvil sin quitarle los ojos de encima. Él se quedó quieto frente a ella, mirándola.

- Si hago esto ¿te molesta? - Y subió repentinamente la mano enguantada en cuyos dedos de terciopelo, cinco uñas de metal brillaron ante los ojos de África.

- ¡La va a matar!

- Ella quiso dar un paso atrás, el ansiado cuchillo que tanto había esperado encontrarse surgía en el momento que menos lo temía, desarticulando la tranquilidad que había llegado a sentir junto al hombre, pero él se apresuró a cogerla de la cintura evitando que retrocediera.

- Antes te gustó mi caricia, ¿no quieres que vuelva a repetirla? -dijo con sorna. África deseaba mecerse en sus palabras, dejarse arrastrar por su ronroneo, pero sus garras se lo impedían. Miró con terror su mano. Oh, no temas mis uñas. Son un arma incuestionable contra los otros machos, pero a ti, no te haré daño... a no ser que me lo pidas. La apretó contra sí fuertemente y ella quedó abandonada a su abrazo. Ya no importaban sus garras afiladas ni su mirada lasciva, ni tampoco los labios que recorrían su cuello como mariposas de carne que se le inyectaban bajo la piel como un sedante erizándole el bello de todo el cuerpo. En un torbellino de brazos en el que todo perdía su sentido, el hombre le sopló en la nuca. Un latigazo recorrió su espalda desde la nuca hasta la rabadilla, instalándose en los muslos en un hormigueo.

- ¿Quién eres? -pregunto ella con voz entrecortada.

Él le besó en la boca dejándola saborear sus labios mojados antes de contestar.

-¿Te gustaría saberlo?- dijo, besándola de nuevo, esta vez con un beso más largo y húmedo en el que las lenguas se encontraron. Comenzó a acariciarla el pelo.

África se sentía drogada con cada caricia del hombre. Él la besaba en el cuello, detrás de las orejas, en la garganta, sujetándola de la cintura en un fuerte y delicado abrazo mientras le acariciaba la espalda, los hombros, los pechos, elevándola a un nivel desconocido en la efervescencia del deseo. La levantó en el aire. Ella se abrazó a su cintura con las piernas, siguiendo el juego de piezas que se insertan unas a otras a la perfección. Todo ocurría muy deprisa para ella, el encuentro, los besos, el deseo, pero prefirió redimirse al presente antes que pararse a pensar en lo que estaba sucediendo. Su cuerpo languideció ante el enorme sí que apareció en el centro de sus pensamientos. El hombre se acercó hasta la pared. La apoyó contra el muro de ladrillos y la desabrochó el abrigo, le sube el jersey y la camiseta, comienza a tocarle la piel con sus guantes aterciopelados.

- Ten cuidado con las uñas, -alcanzó a decirle África entre leves suspiros.

Él apartó su cara para que ella pudiera ver su gran sonrisa.

- No temas.

La breve frase dicha por el hombre no disipó la inseguridad de África, sino que la hizo aparecer con más fuerza en mitad del deseo que sentía hacia él. Él no era de fiar, y sabía que estaba a su entera merced; en cualquier momento podría clavarle las uñas en el corazón o arañarle la espalda en cinco surcos profundos como abismos, por losa que moriría desangrada, y nadie la encontraría hasta una semana después, descuartizada y sin rastro de culpable. El hombre, percibiendo su temor, la miró, y con el gris de sus ojos, diluyó su miedo. Poseía ese poder en sus pupilas, y África vuelve a confiar en él con la misma sinrazón con la que antes ha desconfiado. Él, seguro de su influjo, la bajó de su cintura hasta que los pies de África tocaron el suelo, y, cogiéndola de la mano, la llevó frente a un grupo de contenedores sucios y malolientes.

- Ven. -dijo, apartando los contenedores de la pared y dejando a la vista una pequeña puerta roja. Desde atrás, África vio cómo el hombre abría la puerta con solo posar su mano en ella; en el hueco del umbral, unas escaleras descendían a una habitación iluminada con una tenue luz granate.

- Entra conmigo. -dijo invitándola a seguirle.

África aceptó la mano que el hombre le tendía, descendiendo las escaleras hacía el interior de la extraña habitación. En ese momento se dio cuenta que no sabía el nombre del extraño. Pero también se dio cuenta que no le importaba.

- Soy Gato -respondió sin que ella le hubiera preguntado, y la llevó dentro.

La puerta se cerró tras ellos. Y hasta aquí el cuento que mañana hay que madrugar.

- ¡Nooooooo!

- ¡Sigue, mami, que es un cuento muy bonito!

- Mañana sigo contándolo. Ahora ya es muy tarde y tienen que descansar.

- Anda mamá. Solo un poquito más.

- Y te prometemos estar muy callados.

- Sí, mamá. Yo voy a estar muy callado.

- Está bien. Pero mañana cuando los levante, no quiero oír ni una sola queja.

- No mamá. Te lo juramos. Sigue, anda.

- De acuerdo, niños. Pero recuerden que me lo han jurado.

- Sigue, por favor.

- De pie, en el centro de la habitación, Gato abrazó a África para no soltarla más en todo su apasionado encuentro, y girando sobre sus pies, dio vueltas en un extraño baile en el que ella se dejaba llevar.

En una de las esquinas, surgió una abertura en la pared, de dónde salió una cama.

El hombre le quitó el abrigo, rasgando en la operación uno de sus ojales.

África le quitó entonces los amenazadores guantes, dejando al descubierto la piel negra de sus grandes manos, que pasaron a desnudarla rápidamente hasta llegar a la ropa interior, de la que fue despojándola lentamente, a la vez que jugaba a besarle los lunares del pecho, de los hombros, de la cintura. Él seguía vestido porque África aún no había logrado dar con los botones o la cremallera de la malla.

- Quítate esto, -le pidió, y él deslizó ágilmente las manos sobre su propia espalda. Con un movimiento seco y brusco, la maya se abrió en dos, descubriendo el negro torso que África pasó a recorrer con el triangular ápice de su lengua dejando su propio rastro brillante que la piel negra absorbía deleitosamente, mientras con las manos le bajaba la maya hasta la cintura.

La piel oscura del cuerpo del hombre hacía que los brazos de África pareciesen de un blanco lechoso.

Gato le desabrocho el sujetador, que cayó rendido al suelo, y comenzó a besarla en los pechos, deteniéndose sobre el círculo oscuro de los pezones dejándolos erectos y anhelantes, bajando después con la lengua en ondulado zigzag hasta el ombligo, donde, de rodillas, se entretuvo besándolo mientras con dos dedos enganchó la goma de las bragas, que se escurrieron con calma sobre las caderas, los muslos, para caer precipitadas a los tobillos, que se liberaron de ellas de una patada. Gato le apretaba las nalgas acercándose su cuerpo a la cara para que el vello púbico le acariciara la cara en un pequeño cosquilleo. Saboreando el placer de tal caricia, movió la cabeza en lentos círculos, dejándose acariciar por los rizos negros la punta de la nariz, las mejillas, la cabeza calva que África acariciaba con las manos. Ardiente de deseo, Gato se incorporó para alzarla en brazos, llevándola a la cama sobre la que la tumbó boca arriba, desnuda y frágil, ardiente en deseo como él, y la besó, primero en los labios, en el cuello, bajando a los pechos donde se entretienen sus manos, y sigue bajando, sin pasar por alto la curva del vientre, siguiendo el rastro de la leve pelusa que le conduce al monte de Venus, sobre el que Gato despliega el músculo oculto de su boca, introduciéndolo entre los labios del sexo, jugando con el clítoris, sintiendo el cuerpo de África arqueado por el placer. Ella gime, animando a Gato a seguir con su juego, que hunde más la cara entre los muslos como si nada pudiese sacarlo de allí nunca más.

Él le aprieta la carne de los glúteos con sus manos, agarrándola los muslos para abrirla un poco más las piernas, para hacerse definitivamente un hueco en su recuerdo. Los movimientos de su lengua se ven acompañados por los movimientos de todo el cuerpo de África, a punto de la explosión orgásmica.

- Un poco más. Solo un poco más -piensan ambos.

Gato detiene las caricias de su lengua para introducirle suavemente un dedo en la vagina, y continúa el ritmo de su cuerpo dentro de ella, subiendo de un impulso a la boca entreabierta, por la que ella jadea en resuellos agudos de placer.

- Aguanta un poco más -le susurra Gato al oído, pasándole la lengua por el lóbulo de la oreja a modo de advertencia. Incorporándose levemente como un toro negro con las patas traseras, apoya las rodillas sobre el colchón, entre las piernas abiertas de África, acechándola levemente en la corta distancia que separa sus cuerpos para deshacerse, ayudado por las manos de ella, de la maya que aún oculta sus piernas, su sexo. África admira debidamente su cuerpo desnudo, deseando besar cada trozo de piel negra, acercando sus labios al ébano, terso y brillante en el abdomen, liso y suave en las ingles. Gato se tumba contra ella, depositando el peso de su oscuro cuerpo sobre el blanco pálido de ella, haciéndola gemir una vez más antes de introducir su sexo en la humedad oculta de entre sus muslos, cavidad latente en la que se va deshaciendo en cada palpitación, en cada nuevo empuje que le introduce más y más dentro, más y más lejos, hasta que Gato se hace toro se hace pez resbaladizo se hace dios inca se hace felino, infinito, en un damero blanco y negro de piernas, brazos y lenguas entrelazados que se aceleran para descargarse en el orgasmo inmarcesible, primero ella, después él.

Sudorosos, yacen juntos, sin que un ápice de espacio separe sus cuerpos. El hálito que sale de una boca se mete con premura en la otra, respirándose una a otra, chocándose en besos solícitos.

Sobre el cuerpo relajado de África descansan pequeños charcos de sudor. De su propio sudor y del de Gato.

La bombilla se ha apagado, sumiendo a la habitación sin ventanas en una oscuridad compleja cargada de vaho. Sobre su cuerpo siente el peso de Gato que la acaricia lentamente con dedos suaves que la van adormilando. Las manos se extienden por toda su piel, haciéndola perder, poco a poco, el punto de localización de la yema de los dedos. África es incapaz de descifrar dónde se posan exactamente, dónde Gato posa las manos y dónde su piel queda sin ser recorrida por el tacto. El peso continuo de Gato sobre ella se va mezclando con el peso de sus propios huesos, salvo a intervalos, en los que le siente aplastándola contra el blando colchón de la cama que también a intervalos aparece y desaparece, fundiéndose en un mismo cuerpo o difurcándose en los contornos de cada objeto. Siente en la piel el vértigo de una caída al vacío diluida en la alucinación incipiente de estar flotando entre las nubes. No puede abrir los ojos. Los párpados le pesan con demasiada dulzura. El cansancio de ha apoderado de ella, de su mente. No sabe si Gato sigue tumbado sobre su cuerpo se ha levantado de la cama. Pero no le importa no saberlo; quiere seguir flotando en ese espacio hueco e indescifrable, dejándose llevar al sueño egoísta e individual que la mece como antes Gato la había mecido entre sus brazos, haciéndola desaparecer en la negrura del sueño, y la habitación, y la bombilla roja, y los dedos y labios sobre su piel, el pozo profundo por el que va cayendo, el espacio que se va transformando en su habitación, en las laminas conocidas de su pared, tumbada en su cama, donde despertará a la mañana siguiente con un leve mareo de cansancio y despiste, teniendo como único enclave del encuentro con Gato, un pequeño dolor interno en alguna parte de la vagina.

Y ahora niños, un beso de buenas noches y a dormir.

- Hasta mañana, mamá.

- Hasta mañana, mami.

- Buenas noches, hijitos.

El poeta

India piel de aceituna
tu cuerpo maduro, ha cabalgado
por las paderas

Mujer morena
que bailas alrededor de la hoguera
pregúntale tú, al fuego
porque no me habla
no me dice nada
esta noche la Luna llena
Ahora, tan solo un poema queda
Tres cosas no me cansaré jamás
de contemplar:
El fuego
tu rostro
y el mar.

Duende
La voluntad. Gracias

r

Tu sentimiento lágrimas son
que el mar de amor llenan
de felicidad que Tus Hojos
Transmiten a los que Ha Tu
lado están que tienen
Tanta libertad que
les Da Igual vever
agua o Hir al manantial
de facil solución Liberta

PARRA

IMAGINANDOTE AHORA

-50 pesetas-

Ahora en silencio, al recordarte,
tal vez cansado de esperar,
no encuentre la flor de aquella primavera.
tal vez rompa en llanto
y, desnudo, de todo corazón,
yo mismo planté, por qué no, esa flor...
Y allí, en guardia constante,
Sienta frío o calor
Quizá arranque ese brote que llaman al amor y crezca...
Será capullo,
después de flor y aroma,
al instante amor.
Podré imaginar, eso lo sé, tu risa, tu llanto también;
Pero no tendré tu cuerpo junto a mí...,
Solo tu corazón vendrá conmigo...
....Lo tendré, tendré tu corazón,
sabiendo, y tú me crees,
qué terco soy...,
y tú me crees...

D. Parcial

-50 pesetas-

Tú siempre estás harta;
“no eres de esas”,
que, si me amaron, se cobraron.
A ellas nada les debo.
No, no eres de esas
Que se brindan por dinero:
Comodas, objetos.
Con el tiempo contado.

Diciéndome, algunas ¡Vamos! ¡Rápido!
Tengo que trabajar.

Ellas cobraron y se fueron.
Pagué su cuerpo,
pagué sus besos.

Porque no eras de esas te recuerdo,
te quiero.

Porque no eres de esas
Sueño.

D. Perciral

15

Sin haber dormido y con el peso del cansancio como piedras sobre su mente, África retiró la cortina blanca plastificada, movimiento repetido a lo largo de la historia y el tiempo, interno y externo, tan diferente entre sí. La cortina fría al tacto, desprendía una sensación desagradable de molición hostil sobradamente conocida que no invitaba a desnudarse delante de ella. Cerró el pequeño cuadrado de vidrio que constituía la ventana por la que se veía el reflejo anaranjado de la luz de las farolas manchando el cielo y abrió el grifo del agua caliente. Se quitó con rapidez las pocas prendas que llevaba puestas evitando que el frío que desprendían las baldosas blancas le afectase. El resto de sus ropas estaban tiradas en el pasillo de camino al cuarto de baño. Abrió la llave de la ducha y se metió bajo el débil chorro de agua caliente, teniendo en cuenta la siempre amenazadora realidad (¿pero qué es la realidad?) de que no podría estar mucho tiempo duchándose porque el depósito del calentador no tenía demasiada capacidad.

El agua le caía en una delgada línea de catarata por el pelo, llevándole los restos de una silueta de hombre recortada contra la sombra de un pasillo, deslizándose por los hombros, la espalda y las nalgas en punzantes gotas de agua caliente que llega fría a las rodillas y a los pies para desaparecer después por el mundo desconocido del agujero del desagüe.

No sé si todo esto ha sido real. Creo que lo del dueño del perro, hubo una pelea, sí, yo la vi. Y grité, sí, eso parece, pero fue hace tanto tiempo que está más ceca de un sueño que un recuerdo. Y subí a su casa, sí, cinco pisos, sin ascensor, con la luz apagada, con ese oscuro espacio que debí abandonar inmediatamente. Pero seguí avanzando, subiendo las escaleras con él. ¿Por qué? Porque me caías bien.

“Querías acostarte con él”

No, nunca:

“Querías acostarte con él en ese momento. Ahora le odias y pensar en ello te repugna. Pero admite que tu primera intención fue la de acostarte con él, para eso lo seguiste”

No recuerdo que pensase es eso en ningún momento.

“Yo si lo recuerdo y lo hiciste”

No te creo. Siempre mientes.

“Digo lo que te mereces y tú no te mereces nada más que la verdad”

Quieres atormentarme.

“Quiero joderte”

Las lágrimas quisieron mezclarse con el chorro de agua para bañarla en sal, pero trató de retenerlas ocupándose en otra cosa. Metódicamente, se extendió el champú sobre el cabello y metió la cabeza bajo el chorro, en el que una estampida de gotas reverberaba en las paredes internas de su cráneo. El jabón trazó, sobre su piel morena, un recorrido de espuma blanca que intentaba limpiar el dolor y la rabia que le hacían temblar. Dejó la mente en blanco, y como un maniquí, se quedó quieta. El jabón se le escurrió de entre los dedos sin fuerza, y con un golpe de porcelana, se estrelló contra la bañera, resbalando hasta colocarse encima del desagüe. La espuma se arrastró sobre su cuerpo hacia el charco formado a sus pies, y en un pequeño torbellino que se abrió paso por un hueco dejado al azar por la pastilla de jabón, una espiral se tragó el mechón blanco jabonoso.

“Eso es. Lávate, límpiate toda esa porquería que llevas dentro. Como si pudiese librarte de tu maldición. Sola, estás sola y siempre lo estarás, siempre, porque nadie te aguanta, nadie es capaz de soportarte. Apestas, y los demás te huelen en la distancia, por eso salen corriendo, para evitarte. ¿Por qué no te acostaste con el chico, di? Porque él no quiso. Tú estabas dispuesta a follártelo pero estabas muy cansada. Mentira. No te lo has tirado porque él no ha querido. Le repugnabas, por eso te ha tratado así. No te ibas a su lado, le has seguido todo el tiempo, hasta has ido a su casa. Él no ha sabido cómo deshacerse de ti, pesada, que eres una pesada todo el día molestando y dando el culo a los demás. ¿Por qué crees si no que te he tratado así por la mañana? ¿Crees que alguien sería tan cabronazo contigo si no te odiase, si no tuviese una razón?”

E. u. H. d. P. (Eres un Hijo de Puta)

“Llora”

Las lágrimas se le saltaron pese a su esfuerzo por retenerlas. Más lágrimas de rabia siguieron a las primeras.

“No puedes ir en contra de mi voluntad. Yo digo que llores y tú lloras. Eres una imbécil. Me río en tu cara cuando piensas que eres independiente, que tú, la tonta de África eres capaz de hacer algo sin mí. Já. Ya lo maquino todo, yo planeo tus movimientos, yo soy el que evita que te des batacazos a cada momento. Eres una inútil. Algún día me cansaré de ti y te abandonaré. ¿Me oyes? Te dejaré sola, SOLA, y entonces te pudrirás en las calles, comiendo basura y pidiendo limosna como una pordiosera. Cerda, lávate antes de te coma la mugre.”

V. a. M. (Voy a Matarte)

“¿Tú? ¿Y cómo piensas hacerlo? Yo estoy dentro de ti y no puedo desaparecer sin que tú también desaparecieras. ¿Qué vas a hacer? ¿Suicidarte? Hace falta valor para hacerlo, y tú no tienes nada, NADA. Sólo me tienes a mí y no sé cuánto tiempo seguiré aguantándote.”

V. a. A. C. C (Voy a Acabar Contigo, Cabrón)

“No puedes hacerlo. No sabes cómo hacerlo.”

s. l. S. (Sí lo Sé)

“Tú que vas a saber. Tú no sabes nada. Tienes miedo a estar sola. Por eso te agarras a mí, porque soy tu única compañía. Soy la solución a tus problemas.”

V. a. M. (Voy a Matarte)

“No es posible. Cállate, y sal de la ducha. El agua caliente se está acabando.”

N. (No)

“Sal, te he dicho”

N. (No)

“Yo soy aquí quien da las órdenes. Sal. El agua está muy fría.”

...

“Contéstame, estúpida de mierda. ¿Te has enfadado? Ay, perdone usted, señoritinga. Ahora se las da de ofendida.”

...

“Respóndeme. Sal de la ducha. El agua está muy fría. Te duela la cabeza. Sal ahora mismo.”

...

“No quieres hablar, muy bien. ¿Cuánto tiempo crees que podrás aguantar sin hablarme?

El agua helado sigue cayendo sobre su cuerpo de maniquí húmedo en una catarata de invierno. Sus miembros esperan la orden de salir inmediatamente del baño, pero el cerebro no responde.

¿C. T. c. q. p. A. B. I. D.? (¿Cuánto tiempo crees que podrás aguantar bajo la ducha?)

“Te duele la cabeza, estás temblando, ¿es que no te das cuenta, zorra? Vamos, sal. No puede dolerte la cabeza, acuérdate de las últimas veces lo mal que lo pasaste. ¿No querrás que te lleven de nuevo a ese sitio? Lo pasaste muy mal para volver otra vez allí. Sal.”

V. a. M. (Voy a Matarte)

“No seas estúpida y sal. Estás temblando, tienes la piel de gallina. Se te cae la baba con este frío.”

A. c. (Acabaré contigo)

“Tienes muchos problemas, si yo desaparezco, ¿Quién te ayudará a solucionarlos? Estúpida, ¿NO VES QUE YO SOY LA SOLUCIÓN?”

T. E. m. p. (Tú eres Mi Problema)

“Vamos a morir. Sal, sal ahora mismo. Te lo ordeno.”

N. m. i.

“Eres una estúpida. Estúpida, estúpida, estúpida. Todos lo dicen, y todos lo saben. Morirás sola. Lo que más has temido en esta vida, se va a cumplir ahora. Y qué has conseguido en esta vida, que has hecho para ser recordada; NADA. Has sido como una sombra. El mundo no sabes que has existido. Hubieses sido lo mismo que tú hubieses nacido o que no; las mismas guerras, la misma hambre, los mismos sucesos. No has servido para nada. Por lo menos, no has dejado sucesión. Has ahorrado al mundo tener que aguantar a tu estirpe.”

M. (Muere)

“Muere tu también.”

África cae desplomada golpeándose la cabeza y todo el lateral contra el suelo blanco de la bañera. La cabeza le late concentrada en el punto de las sienes, pesándole como un yunque de metal helado roto en dos grandes bloques que se van descongelando. Tiene la piel morada del frío y respira violentamente, ruidosamente, abriendo la boca como un pez fuera del agua. Le duele todo el cuerpo en un sufrimiento inaguantable que su cerebro se resiste a sentir unos minutos más, tras los cuales, débilmente se arrastra hasta salir de la bañera reptando como un bicho moribundo. Una débil mano de maniquí morada y como de goma que es incapaz de reconocer como suya, gira el grifo y cierra el paso del agua. La mano pierde fuerza y cae fuera de la bañera, chocando contra el suelo en un ruido sordo. El maniquí se queda quieto con la cara vuelta hacia el suelo en una especie de defunción irreal. En su cabeza ya no escucha ninguna voz, solo las sienes palpitando como dos tambores.

Un charco hipotérmico se forma bajo su cuerpo amoratado en ángulo recto,

La tiritona se apodera de ella con espasmos.

Un ritmo lento de párpados que caen sobre dos pupilas gelatinosas, se apodera del cuarto de baño.

La noche espera fuera a que se haga de día.

O

África bajaba a la calle [cinco pisos, quince tramos de escalera, cinco descansillos, una barandilla larga, crujiente, dos tramos largos, uno corto, noventaicinco peldaños, diecinueve por piso, los pasos de la escalera bajo el sonido de la televisión, bajo la sirena de la ambulancia sobre el sonido de la radio sobre las voces conversando (vecinos, número desconocido, preguntar en información, teléfono gratuito 1003) bajo el timbre del teléfono sobre el ruido de los motores encendidos de los coches bajo los claxon impacientes que piden avanzar sin conseguirlo] en lo que iba a ser una visita rápida al supermercado para comprar el pan.

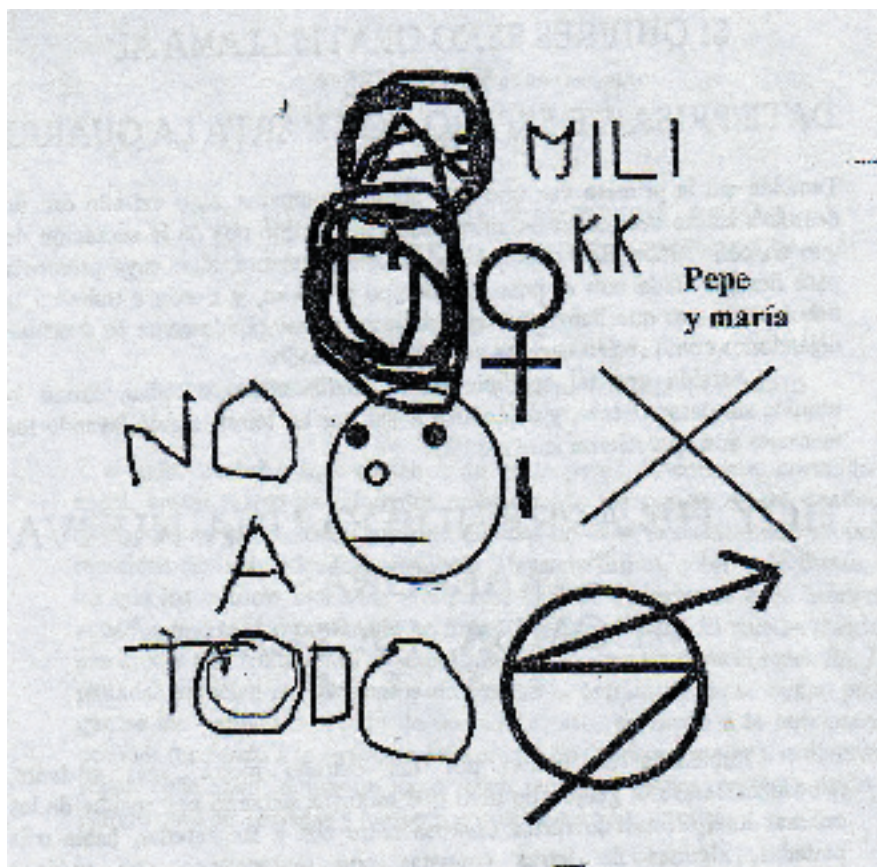
Una vez en la calle, caminando entre la gente, leyó en la entrada del supermercado:

NO COMPRES PRODUCTOS FRANCESES

Pintado en letras grandes, irregulares, de aerosol, a la altura de la puerta, desde donde atentamente vigilaban con completa inutilidad a los clientes que entraban y salían del establecimiento.

Aún no ha encontrado mi sitio; lo he buscado por todas partes, pero no logro dar con él, y hasta una lata de guisantes está más ubicada que yo.

Iba a entrar al supermercado cuando se fijó que en la misma fachada había varios dibujos y se acercó a mirarlos.



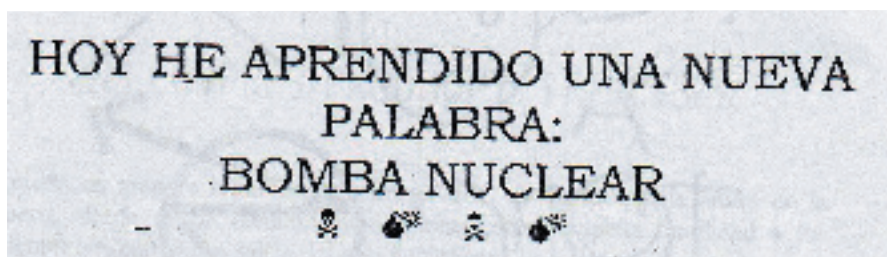
Le extrañó ver por primera vez aquellos dibujos en un sitio por el que pasaba casi todos los días, y la pintura desgastada le informaba de que no eran recientes. Miró hacia los lados, buscando algún nuevo elemento en el que nunca se hubiera fijado, y, en la pared de al lado, descubrió más pintadas. Acercándose

lentamente como por las líneas de un libro, se detuvo a leerlas, intrigada en la mezcla caótica de mensajes que lanzaban:

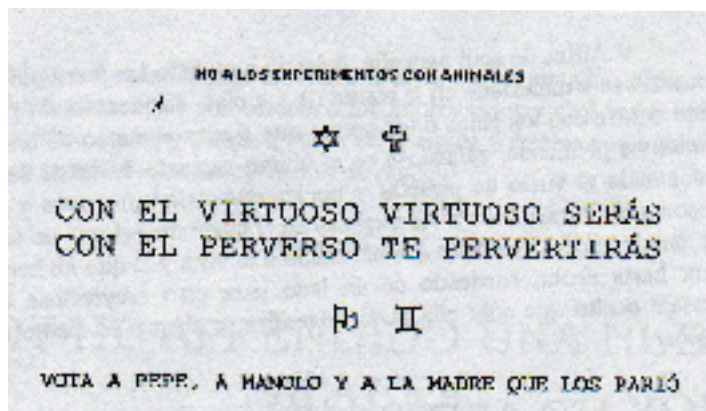
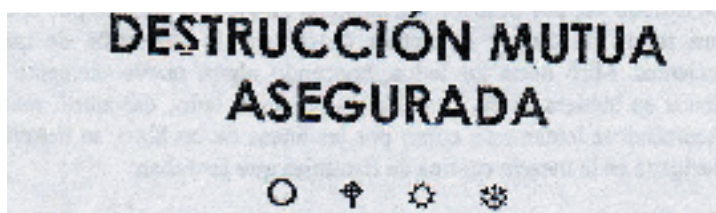
LAS RATAS TAMBIÉN LLORAN SANGRE

También era la primera vez que veía aquellas pintadas; algo extraño eso de descubrir cosas nuevas en un sitio cotidiano, porque nos da la sensación de que no conocemos algo que nos rodea continuamente, algo cuya presencia pasa desapercibida con el paso del tiempo y el uso, y tiende a unirse a la nebulosa de eso que llamamos conocimiento y que rápidamente se destruye dejándonos como recién nacidos en el vasto mundo.

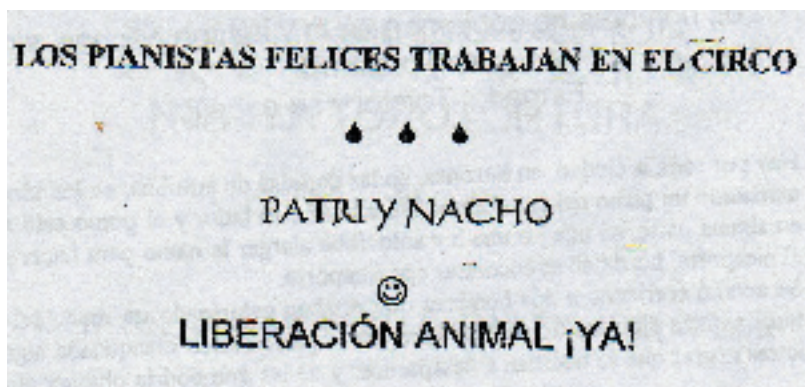
Atraída por tal sentimiento de analfabetismo mundial, torció la esquina sin darse cuenta y dejándose llevar por la letras, siguió leyendo los mensajes que aparecieron ante sus ojos.



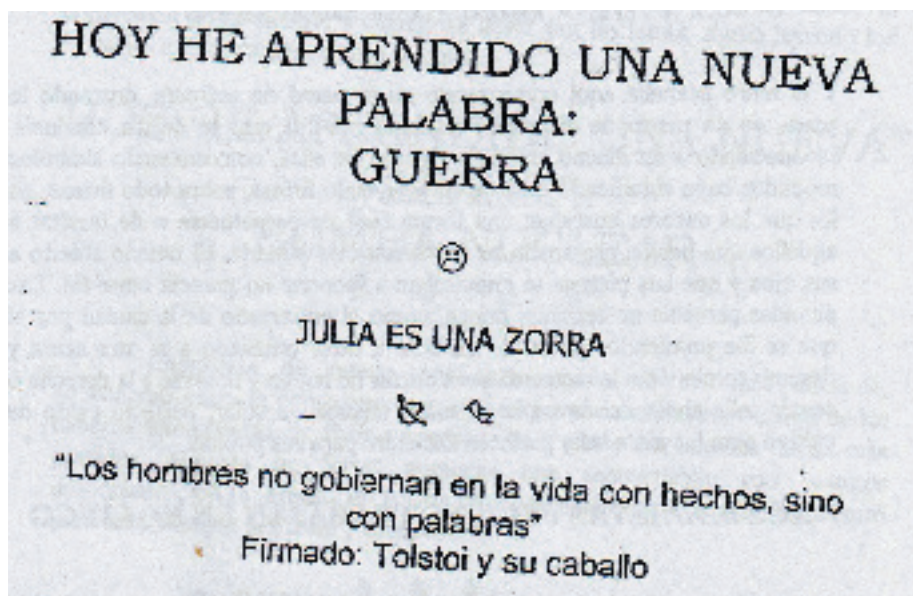
Impulsada de nuevo por tan extraño motor, más adelante, adocenadas entre la gente que tuvo que esquivar saltando por encima de las cabezas interpuestas de forma onerosa entre ella y las paredes, había más pintadas, algunas de letras augustas que sentenciaban con castigos draconianos, otras, grafitos en muros recién revocados, a los que se apresuró para leer, siempre adelante y siempre leer.



Y el muro acababa aquí comenzando en la pared de enfrente, cruzando la acera, en un rastro de diferentes ambages por los que se dejaba conducir, reconociendo a un mismo autor en algunas de ellas, coleccionando símbolos repetidos cuyo significado desconocía y leyendo firmas, sobre todo firmas, en las que los autores buscaban una forma fácil de perpetuarse o de insultar a aquellos que habían profanado su firma con otra pintada. El mundo abierto a sus ojos y que sus piernas se impulsaban a recorrer parecían no tener fin. Las pintadas parecían no terminar nunca, como el entramado de la ciudad por el que se ha ido perdiendo, yendo de un lado a otro, cruzando a la otra acera y después torciendo a la izquierda para cruzar de nuevo y meterse a la derecha o seguir calle abajo donde un largo muro tapiado por un solar, perfecto caldo de cultivo para las pintadas y perfecto encuadre para sus pupilas.

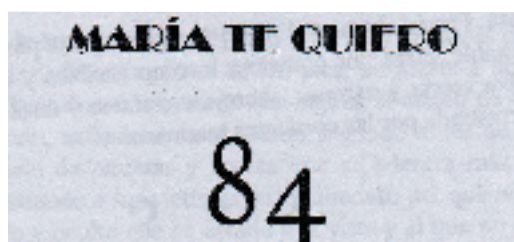


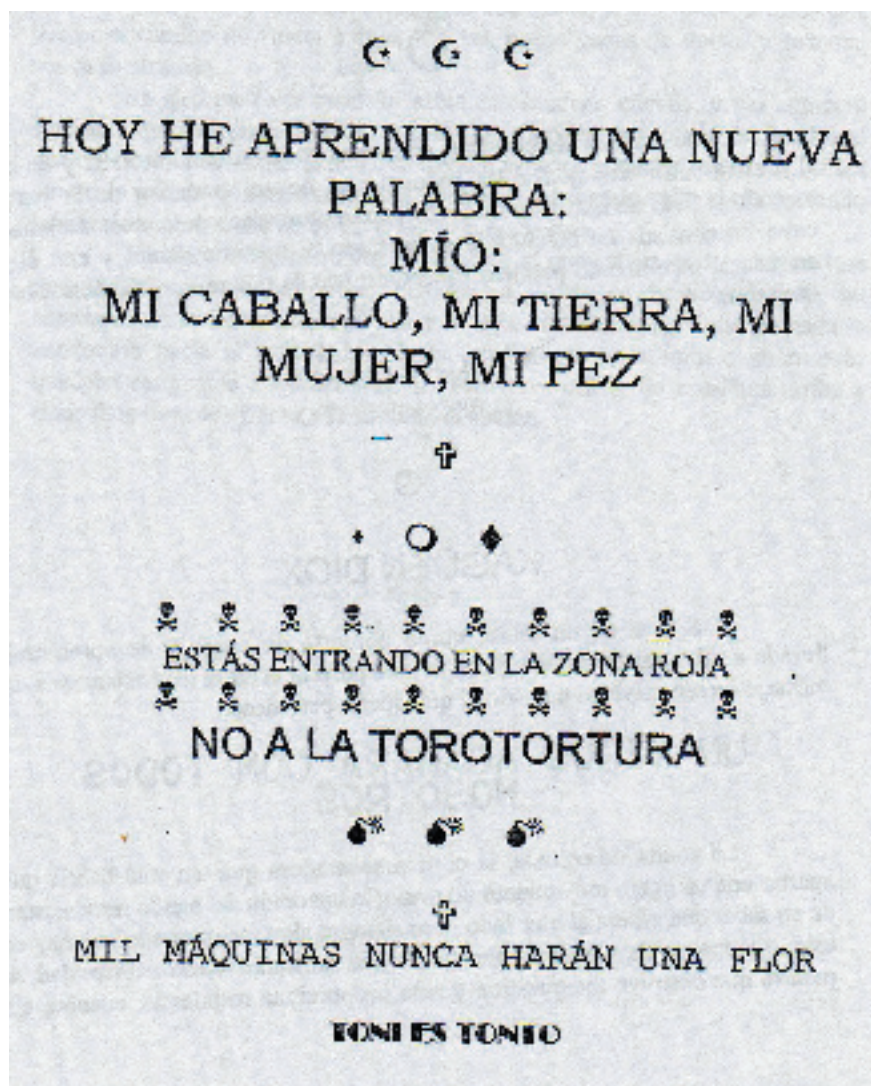
Y África de aquí para allá, dejando a un lado los leves pinchazos que comenzaban a molestarle en la planta de los pies, dispuesta a no parar nunca como ocurre con los niños y con los perros que siguen el aleteo de una mariposa que los va perdiendo, zafándose en el último segundo antes de ser cazada y remontando el vuelo de piruetas y bucles que se adentra más y más en lo desconocido, arrastrando a sus víctimas en el laberinto del que no sabrán salir, ese mundo paralelo y oculto que ha estado a la vista y al que no hemos sabido mirar hasta ahora, corriendo de un lado para otro creyéndose que es un mensaje oculto que sólo ella pueda descifrar y al que se siente arrojada a adivinar.



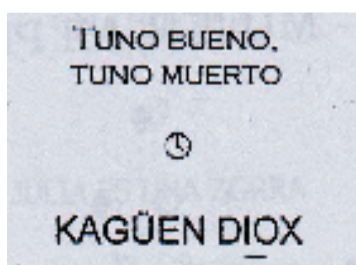
Hay por toda la ciudad, en los buzones, en las paradas del autobús, en los túneles, marcando un plano del tesoro, una entrada al otro lado, y el pomo está aquí, en alguna parte, en alguna j o una h y solo debe alargar la mano para hacer girar el picaporte. Lo difícil es encontrar ese picaporte.

Se acercó corriendo a dos hombres que estaban enluciendo un muro del que tapaban más pintadas, tratando de leer en la parte recién blanqueada algunas letras negras que se resistían a desaparecer y de las que podría obtener alguna pista sabrosa. Fascinada ante el mundo secreto de las pintadas, alguna con su parte irrefutable, otras por completo incomprensible, otras por completo incomprensibles y casi todas anónimas, navegó sobre aceras y parques, sobre escaparates y farolas como una balsa a la deriva arrastrada por las corrientes marinas.

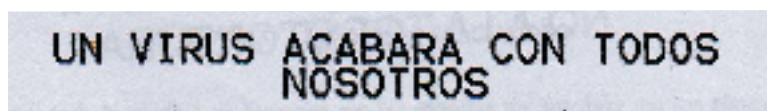




Sólo existían las pintadas, despreocupada de dónde estaba y de dar algún que otro empujón a las señoras que no se apartaban de la pared, tapando el final de las frases más interesantes como en un complot accionado cuyo fin consistía en dificultarle su traspaso al mensaje oculto y con él su entrada al otro mundo paralelo escondido tras la puerta que no alcanzaba a encontrar.



Y al final de un muro, como por arte de magia y de aprendizaje llevado a cabo tras horas de lectura, lo que parecía la parte más aclaratoria del mensaje de ese universo paralelo al que quería pertenecer:



La puerta de entrada, la cortina separadora que tan solo había que apartar con un ligero movimiento de mano, la aparición del agudo nerviosismo de no saber qué espera al otro lado pero siempre algo mejor que lo que hay en este, o al menos algo lleno de novedades que satisfarán nuestra curiosidad, el paraíso que destruye the question y solo proporciona respuestas, cuando, sin avisar, como siempre ocurre con las cosas que más molestan: llegando por detrás sin hacer ruido, un estornudo a su espalda la mojó la coronilla. La puerta de entrada se cerró de golpe como por un viento huracanado, y, como si del retroceso de un revolver disparado se tratara, mandó a África de una patada a esa esfera, a una calle que no reconocía, a la rutina de tener que buscar el camino de vuelta a casa con tan pocas ganas de volver y con una nueva frustración.

Se giró para ver quien le había estornudado encima, y vio una cara sonriente que la miraba fijamente con ojos grandes, esperando un insulto al que contestaría con otra réplica que llevaba preparada para estos casos. África apartó la mirada y la cara sonriente continuó caminando calle abajo borrando la estúpida sonrisa que no le había servido para nada.

Estudió por primera vez el lugar en el que estaba, y preguntó, a uno que pasaba, por el metro más cercano, a donde se dirigió cabizbaja sin acordarse de comprar antes el pan y con la certidumbre de que ya nada la conduciría hacia el otro lado. Había perdido su oportunidad; ahora solo quedaba resignarse a este mundo de metros y calles, de escaleras arriba y cigarrillos fumados frente a la ventana del salón.

0

Los yonkis

Las puertas del vagón se abrieron, como se abren 32.549 veces al día, una y otra vez, vomitando y absorbiendo gente, a veces vomitando más de lo que pueden absorber, otras, absorbiendo más de lo que después absorben, otras, absorbiendo más de lo que después vomitan (para contrariedad de los pasajeros). Llegada a la estación-apertura de puertas-vómito humano-absorción de cuerpos hacia el interior-cierre de puertas-túnel oscuro-curva a la izquierda-curva a la derecha-salida del túnel-llegada a la estación-apertura de puertas-etc-8-9-10-11 líneas subterráneas-naranja-azul-verde-violeta-marrón-gris-amarilla-rosa-roja-azul otra vez-verde otra vez-en todas ellas trenes-en todos ellos vagones-en todos ellos seis puertas-todas ellas de doble hoja-todas ellas abiertas en la siguiente estación-vómitos y absorciones-vómitos de absorciones-absorciones de vómitos-Callao-San Cipriano-Buenos Aires-Cuzco-El Cairo-Colombia-República Argentina-Tetúan-Usera-La Latina-Alto de Extremadura-Empalme-Tirso de Molina-Antonio Machado-Rubén Darío- Pompidou-Cuatro caminos-Avenida de América-Esperanza.

Y vuelta a empezar-túnel oscuro-curva a la izquierda-curva a la derecha-salida del túnel-llegada a la estación-vómito humano-absorción de cuerpos hacia el interior-buenos días señores y señoras-cierre de puertas-disculpen ustedes las molestias-mi mujer y yo somos dos toxicómanos-túnel oscuro-no tenemos casa ni ayuda de ningún tipo-estamos muy mal-les agradeceríamos su ayuda-curva a la izquierda-la mujer toxicómana cae a la derecha-el hombre la sujeta para que no se estrelle contra un pasajero-señores, apelamos a su buena voluntad-les pedimos a ustedes antes que robar a cualquiera-curva a la derecha-la mujer se inclina hacia la izquierda-el hombre la sujeta-no puede valerse por sí misma-está muy flaca-más que él-está muy enganchada-cómo él-salida del túnel-él arrastra a lo largo del vagón a la mujer que lleva los ojos cerrados-nadie les da nada-llegada a la estación-que tengan ustedes un buen día y que no se vean nunca en mi situación-apertura de puertas- vómito humano-vuelta a empezar-Calleo-Banco de España-Guzmán el Bueno-Dame algo-Miguel Hernández-Chueca-Pueblo Nuevo-Jeringa-Plaza de España-Papel de plata-Ibiza-Limón-Estrella-Alto de Arenal-Mechero-Cuchara-Eugenia de Montijo-Esperanza-Esperanza-Volar alto-Muy alto-Adiós a todos-El chute de oro-Tendrás que seguir tú solo-cariño-adiós-adiós-que os jodan a todos-y a mí la primera.

15

África, sentada en el suelo, con las nalgas apoyadas, aplastadas, amasadas por el peso de su columna y cabeza, el pelo húmedo y largo, largo, largo y húmedo, desnuda al amanecer, el sol de invierno que sólo calienta las pupilas que lo miran entrando por la ventana con dos largos, largos brazos luminosos, la luz, el frío, la humedad de su pelo largo, largo y de su piel húmeda, húmeda, tiritando de un frío que solo su cuerpo, cuerpo siente, siente.

Observa con ojos de pez asfixiado de tanta agua las cortinas que encontró en la calle: tela gruesa, gruesa, blanca, blanca, sucia, sucia, manchada por el uso y el polvo y el tiempo y las manos.

África ha llegado reptando por el suelo hasta el salón, hogar de los lares, centro del universo, rinconcito acogedor inundado por la humedad de charco de ranas. Ha despertado de su desmayo, de su pérdida de consciencia y se ha visto en el baño, baño, frío, hostil, blanco baldosa escurridiza sin brillo.

Está sentada en el suelo, suelo, desnuda, nuda, y entre las manos sujeta un extremo de las cortinas extendidas, sucias. Ella también está sucia pese a la ducha; es una suciedad gruesa, pesada, pegajosamente difícil de lavar.

No piensa en nada.....

Espera.

Sentada en el suelo, suelo con las cortinas en la mano, mano, espera, espera. A veces, veces se toca las sienes, sienes, disipando con las yemas de los dedos, dedos, de araña, de gusano, de madera y corcho, algún pensamiento que mancha su mente como las cortinas manchadas de suciedad.

He dejado de llorar. No cabe seguir llorando por lo mismo una y otra vez, vez, vez, vez, vez. Ahora solo cabe esperar. Y sujetar bien fuerte las cortinas en la mano, cerca del vientre, entre las piernas desnudas y largas. Largas, húmedas, húmedas, tirita, tiritando. No siente nada en el pecho. Vacío. Un vacío grande e inflado que no la deja sentir nada. Solo esperar, con las piernas cruzadas siempre, la postura se hace incómoda con el paso de las horas, pero ella no siente nada, solo su cuerpo sufre. Hay que esperar, y el dolor de espalda se pasará. Todo se pasa. Solo hay que tener paciencia. Pa-ci-en-cia.

Tiene sed. La lengua áspera y la garganta de lija le dicen que tiene sed. La incordian, la raspan, la rozan, y no la dejan mantener la mente en blanco.

Se concentra en el blanco sucio de las cortinas y deja su pensamiento en esa imagen, volando o hamacándose, olvidándose de la sed y del frío que el pelo húmedo, húmedo le traspasa a la pierde gallina, gallina.

Quiere fumar. También antes quería fumar, y llorar, pero no pudo. Las lágrimas se le han agotado, tendría que beber agua para después soltarla por los lagrimales, y eso es imposible, im-po-si-ble, porque realizar una mínima acción tendría una repercusión contraria a la que busca. No busca, porque eso sería una acción. Deja que llegue. En todo este tiempo he estado retrasando lo inevitable, y eso agota, agota, agota.

La esperanza duela más que el saber de antemano que algo es imposible, categóricamente im-po-si-ble, analíticamente im-po-si-ble, francamente querido im-po-si-ble. Y ella ha tenido esperanza. Una esperanza grande y gorda que le ha hecho creer en un cambio gordo y grande. Pensó que era fuerte, que podía con todo. Se equivocó, co, co.

Aferrada a las cortinas sabe que ha estado equivocada. No sabe, que es acción. Ha perdido la esperanza. No pierde, que es acción. No le queda nada más que esas cortinas sucias a las que se aferra sentada en el suelo del salón. Y esperar. Esperar, ¿es acción?

Afuera se escucha el jaleo de la calle; la gente está paseando. Pasean porque se sienten vivos, beben porque se sienten vivos, hablan unos con otros porque de algo hay que hablar, rien, ¿por qué? Se sienten vivos. África ha dejado de escuchar ese jaleo, esa vida.

Las cortinas blancas la mantienen aferrada a esa suciedad; la convencen de su blanco sucio y de de propia suciedad pegajosa sobre la piel. Y bajo la piel, dentro del estómago, sobre el pecho como un peso, martilleando en las sienes.

Los puños cerrados salvajemente, agarrotados, han dejado de sentir el tacto de la tela gruesa. Han dejado se sentirse a si mismos como puños, disueltos en la tela blanca que no sienten. Pensar y llorar son las mismas cosas

Quiere fumar un cigarrillo. El humo llenaría sus pulmones, le obligaría a pensar, a llorar. Pensar y llorar son la misma cosa. Pero va a quedarse como está: vacía. No va a poner solución. Va a esperar. Dentro de una semana, dos, esta misma noche. Esperará sin dormir, esperará sin esperar, esperará. La luz amarilla de la ventana le indicará levemente el transcurso del tiempo. Si durmiese, podría tener sueños, y los sueños son esperanza, un atisbo al otro lado (no hay otro lado, el mundo es plano, y si te asomas, te caes, te come una serpiente marina o te desintegras) y eso se paga caro. A ella le toca pagar ahora. Paga la esperanza duele más que ninguna otra cosa. Y la imaginación que desata esa esperanza, verde caballo desbocado que da coces impunemente.

Un calambre recorre sus puños que no sabe dónde empiezan y dónde acaban, en el otro extremo del salón, en las esquinas del trozo de tela, en esa arruguita que hace sombra como una duna.

África no tiene deseo de soltar esas cortinas, reflejo de suciedad. No tiene deseo.

Ahora espera. Los dientes apretados en la boca tensa de labios estirados en una mueca, espera.

La luz amarilla que entra por la ventana tiene un tono más rojo.

Una punzada en la nariz hace que las lágrimas flaqueen en sus pupilas. Respirar hondo, respira, espera, queda poco, respira, respira, poco, poco, no te hiperventiles.

Cuando el dolor en los nudillos rojos, tensos, blancos transparentes, venas aplanadas, nervios de punta, se ha hecho más insoportable, suelta las cortinas y las lágrimas.

Calma, ya está. No hay nada más. Nada.

La espera.

Organízate para la espera. Va a ser larga. Dura y larga. No menos dura de lo que ha sido ya. Pero larga.

Las manos acalambradas aguantan cien dedos agarrotados en un puño sin fuerza, blando.

“Usa las cortinas.”

Las lágrimas explotan en un sollozo apagado ante la evidente visión de que se acerca nítidamente el torbellino que invadirá su mente.

Está cerca. Estoy esperando. Siento el mareo. Cabrón, te había matado.

Las lágrimas salen por los ojos y por la nariz arrugada de angustia. La cara roja de desesperación, la respiración entrecortada por la congoja, el ceño arrugado por la impotencia. Y esas cortinas que sus puños no pueden aferrar, que se escapan por la pendiente del salón que ahora está inclinado gracias al efecto óptico que un mareo es capaz de proporcionar, que se escurren, se deslizan, se alejan sin tan siquiera decir adiós o agitar un pañuelo.

“Usa las cortinas.”

¿Cómo? No puedo usar las manos. No tengo manos. Las he perdido. Yo te había matado. O casi.

Juntando las palmas de las manos asió un extremo sucio de las cortinas. Tumbada en el suelo, cubrió lentamente tu desnudez, los dedos, el talón, el tobillo, el empeine... Como un gusano de seda encerrándose en su capullo. El dolor de las manos y la espalda, del alma y del vientre, de la herida en la palma, le hace retorcerse torpemente antes de envolverse en las cortinas sucias a la luz del atardecer.

Quieta en el silencio, capullo de tela, esperó la noche. Esperó, esperó y esperó. Encogida en su dolor, se hizo ovillo llevándose las rodillas al pecho.

Ahora soy muy pequeña, casi del tamaño de una niña, una niña pequeña que está dormida: no hago ruido, no me muevo, como los muertos y los niños chicos arropados que agarran con las manitas la manta. Una manta muy suave. Una niña pequeña envuelta antes de dormir y su madre la busca bajo la manta para darle un beso de buenas noches. Y la manta es muy grande, como esta, en la que yo me voy haciendo más pequeña hasta que desaparezca del todo. Me haré tan pequeña como un gusano. Cuanto menos espacio ocupe, menos sufriré. Y la madre no me encuentra. Busca nerviosamente, agarrando con sus manos los extremos de las cortinas que nunca acaban, y grita llamándome, pero yo me estoy muy quietecita y no digo nada. Y la madre me busca para darme el beso de buenas noches sin el cual ningún niño puede dormirse porque está prohibido. Pero yo me sé muchos escondites que nadie más sabe porque yo no se lo he dicho. Y si me estoy muy quieta, muy quieta, muy quieta, la madre pasará de largo y no me dará el beso que me atraparía en su boca. Porque la madre no ha venido a darme un beso de buenas noches, sino a devorarme con sus labios maternales de araña reina que pare y devora, que devora y pare y devora para parir más alimento, que busca con sus patas peludas entre las cortinas, pinchándome con sus garras, gritando mi nombre con una voz chillona, haciendo ruidos acuosos con su boca, pero no sabe dónde estoy, no me encuentra y eso la enfurece más y mueve las patas más deprisa, clavándomelas en los costados, y si no digo nada no se dará cuenta. No voy a gritar. No me cogerá. Yo no necesito un beso de buenas noches ni sus colmillos

hincándose en mis costillas. No necesito a nadie. Con estas cortinas ásperas y sucias puedo defenderme yo sola. Porque ahora soy muy pequeña y si me estoy quieta, me haré más pequeña todavía, hasta desaparecer y la madre no me encontrará para darme el beso de buenas noches y clavarme sus colmillos y sus patas de aguja. Ya no me van a encontrar, porque me voy a estar muy, muy quieta, y no voy a llorar, porque soy muy pequeña y las niñas pequeñas no lloran para que su madre no las encuentre, y yo me voy a estar muy quieta y la araña pasará de largo y buscará otra niña que comerse, muy quieta, una niña tonta que llora cuando la pinchan agujas en los costados, pero yo no, yo me voy a estar muy, muy quieta, así, muy quieta, para que nadie me encuentre, ni siquiera la madre que es una araña gorda y fea como todas las madres, muy quieta, muy quieta, muy, muy quieta, y dejará de existir el mañana, y la noche y la tarde y la madre araña que ha tejido esa tela de araña me ha hecho un capullo para comerme otro día, mas tarde, dentro de un minuto, pero yo que soy una niña pequeña, si me estoy muy quieta, no me encontrará, porque la telaraña es enorme, es un laberinto de hilos de cristal en el que me enredé un día mientras jugaba a ser libre, y la madre no se sabe todos los caminos, no me encontrará, me habrá perdido en su laberinto geométrico, y he de estar muy quieta, muy, muy quieta porque oigo los pasos de un gran beso de buenas noches, muy quieta, muy quieta, muy quieta, hasta que la madre se olvide de mí y yo pueda salir de mi capullo, pero aún falta mucho y mejor quedarme aquí sin moverme ni pensar, muy quieta.

15

Un código indescifrable de alas inundó la ciudad. En los autobuses, en las casas, en la copa de los árboles y de las flores, las alas se abrían y cerraban sin que los científicos hayan dado su visto bueno a tanto batir de alas, abriendo y cerrando aquí, abriendo, abriendo allá, cerrando, abriendo, cerrando, los científicos no pueden desentrañar el secreto por el cual una mariposa abre y cierra sus alas, algo que les hiere en su orgullo de científicos y los fascina en su alma de hombres. En el cielo, una nube negra de insectos volaba devorando la ciudad con sus bellos colores alados, bellas mariposas africanas que se posan en todas partes y vuelan haciendo bucles en el aire. Bellas mariposas africanas salidas de sus crisálidas, libres al viento y a la ciudad, a los insecticidas y a las telas de araña, a la mariposa misma. Y en alguna parte, el capullo gigantesco, de tela, queda vacío en el tiempo y en el espacio, sin que la mariposa que ha habitado en su interior lo eche en falta. Porque ahora es mariposa y ahora vuela y ahora nadie la comprende. Sólo es admirada como mariposa africana que se posa en las flores multicolores de un día de invierno que da paso a la incipiente primavera en la gran ciudad.

FIN

A todo sitio donde voy espero encontrar un ángel,
alguien que me cuide por toda la eternidad.

No le pido demasiado:
sólo quiero que me cuente sus cosas.
que escuche las mías,
que me estime lo suficiente,
que crea en mí,
que me mire cariñosamente de vez en cuando,
que se acuerde de mi nombre.

Busco a un ángel entre todos los rostros con los que me cruzo,
sé si lo son por el aura de su mirada, por su imagen dulce y blanquecina.

Pero pocas veces los reconozco,
y cuando lo hago parece que ya tienen a quien cuidar.

Pasan de largo sin notar mi presencia,
sin percatarse de mi existencia.

A veces voy a buscarlos;
sé donde se reúnen,
pero nunca encuentro al que necesito.

El ángel que quiero encontrar debe ser un ángel puro,
sin ningún rasgo de indiferencia,
sin ningún rasgo de superficialidad;
debe ser un solo ángel, el único ángel que corresponde a un humano como yo.

No hace falta decir que yo, como humano, tengo miles de defectos,
y, quizás por ello no sea merecedor de un ángel,
pero lo necesito.

Necesito de ese ángel que se esconde por temor,
que no aparece porque ignora donde estoy.

Pues bien, estoy aquí;
Y te espero.

no estoy contento de mí mismo
he incumplido la tarea de ser yo
he faltado a las normas del colegio
y no besaré ya más el culo de un gato
andaré ahora entre monos
como en el Laoconte de los monos
belleza perfecta hecha para ser sólo
el novio único de la nada

leopoldo maría panero

alex_lootz

nº 17/octubre2009

revista trimestral

depósito legal
M-27897-2006

edita
alex_lootz ediciones

coordinación
iñaki echarte vidarte

consejo editorial
carolina meloni,
vicente muñoz álvarez,
norberto luis romero.

diseño y maquetación
iñaki echarte vidarte

fotografías
...

ilustración portada
fotografía de alfonso echarte echeverría

han colaborado en este número
paloma benavente,
mario cresco,
estel julía,
eduardo laporte,
alex lootz,
david mardaras,
javier marjalizo,
francí xavier muñoz,
aitor zancajo.

colaboraciones y sugerencias
alexlootz@alexlootz.com

alex_lootz

[1] no se responsabiliza ni se identifica,
necesariamente, con las opiniones que sus
colaboradores expresen a través de
los trabajos y artículos publicados.

[2] no asegura que los nombres de personas
y lugares citados en la revista correspondan,
necesariamente, con la realidad.

[3] permite la reproducción de los textos y foto-
grafías, siempre que se cite
al autor y el origen de la fuente.